





**La Venezuela civil**  
*Constructores de la República*



**Rafael Caldera** (San Felipe, 1916; Caracas, 2009) fue uno de los políticos más importantes de Venezuela en el Siglo XX y uno de los hombres más influyentes en su historia moderna. Abogado, catedrático del Derecho, congresista y servidor público en numerosas responsabilidades, fue Presidente de la República de Venezuela en dos períodos, 1969-1974 y 1994-1999. Figura capital en la política demócrata cristiana en América Latina, dejó entre una obra escrita que incluye cientos de artículos y decenas de libros sobre distintos temas, entre los que destaca la justicia social, el Derecho público, la historia venezolana y los problemas del desarrollo en su país y la región.

# La Venezuela civil

*Constructores de la República*

Rafael Caldera

*Prólogo de*  
Elías Pino Iturrieta





dahbar

*La Venezuela civil. Constructores de la República*

© Editorial Dahbar, 2011

© Cyngular Asesoría 357, C.A. 2011

© Fundación Tomás Liscano

Depósito Legal: If 1902014700172

ISBN 97 8-980-7212-36-6



Diseño de la tapa: Jaime Cruz

Corrección de las pruebas: Carlos González Nieto



Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares de *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

## Contenido

*Prólogo*, Elías Pino Iturrieta *pág. 9*

Rómulo Gallegos *pág. 21*

Andrés Eloy Blanco *pág. 27*

Rómulo Betancourt *pág. 37*

Raúl Leoni *pág. 67*

Arturo Uslar Pietri *pág. 73*

Jóvito Villalba *pág. 89*

Pedro Del Corral *pág. 95*

Lorenzo Fernández *pág. 103*

Nectario Andrade Labarca *pág. 109*

Mauro Páez Pumar *pág. 121*



## PRÓLOGO

En 1936, cuando Rafael Caldera inicia su actividad de hombre público, no solo sigue presente la figura de Juan Vicente Gómez, muerto hacia finales del año anterior, sino también las teorías que legitimaban la influencia de los personalismos en la historia de Venezuela. Con el cadáver de un dictador de largo mandato apenas depositado en la tumba y sin que se aliviara la carga de las doctrinas que justificaban la necesidad de que la sociedad dependiera de un “hombre fuerte y bueno”, el joven comienza a llamar la atención sobre la conveniencia de detenerse en la ponderación de los atributos del pueblo y del papel desempeñado por los próceres civiles en la fábrica de la república.

Ha recibido el mensaje del positivismo establecido desde mediados del siglo XIX, que proponía el apoyo de un régimen bajo el comando de un individuo destinado por las “leyes sociales” para el control de la sociedad inepta, pero también ha bebido de otras fuentes. Un viaje a Roma, que lleva a cabo en 1933 para participar en el Congreso Iberoamericano de Estudiantes Católicos, le permite profundizar en un cúmulo de conocimientos a través de los cuales se hace de elementos de juicio susceptibles de llevarlo a alejarse a plenitud de las ideas

todavía predominantes sobre la trascendencia de los hombres salvadores, especialmente de los individuos que habían asentado su predominio en la reiteración de guerras civiles y en el valimiento de sus espadas. No es un azar el hecho de que, cuando regresa después del encuentro con los jóvenes convocados por el pensamiento social de la Iglesia, escriba con profusión sobre los derechos de los obreros, es decir, sobre las necesidades y las cualidades de una porción considerable de la sociedad juzgada hasta entonces como incapaz de ocuparse de los trabajos de la democracia.

Pero ya ha transitado el primer capítulo del nuevo sendero antes de viajar a Roma. En 1935 culmina una investigación sobre Andrés Bello, que lo hace acreedor a un premio concedido por la Academia Venezolana de la Lengua. El joven de diecinueve años se detiene en la actividad de uno de los fundadores de la civilidad republicana después de las guerras de Independencia, en el legado de un autor comprometido con el establecimiento de regulaciones capaces de dar a cada ciudadano lo que le corresponde sin el apremio de las turbulencias ni la ambición de los hombres de presa. ¿No anuncia, ese muchacho, el rumbo de un empeño en torno al predominio del elemento cívico de la colectividad que lo marcará hasta el fin de sus días? Su apego al magisterio de Bello, que lo convierte desde la juventud en presidente de la comisión editora de sus *Obras completas*, una antología monumental que se completa después de muchas décadas, indica la existencia de una convicción invariable.

Desde entonces provienen también sus referencias sobre los planteamientos de Augusto Mijares, un historiador que esta-

blece la primera distancia digna de atención en relación con la escuela positivista todavía hegemónica. Los estudios de Mirjares sobre la interpretación pesimista de la sociedad llevada a cabo por los pontífices del gomecismo, apuntalan la conducta y el discurso del joven Caldera. Como el historiador no solo se detiene en la valoración del rol del pensamiento de los universitarios y los clérigos en el período de la Independencia, sino también en la demostración de la existencia de una sociedad civil que germina durante la Colonia para orientar más tarde la autonomía republicana, encuentra alimento más sólido para lo que ya es una convicción evidente que demostrará cuando funde la Unión Nacional Estudiantil, en 1936, y las organizaciones políticas que desembocan en la creación del partido Copei, en 1946. Si se agrega el hecho de que no tarda en incorporarse a la cátedra de Sociología, en la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad Central de Venezuela, se comprende cómo puede cultivar con método las convicciones recién adquiridas y divulgarlas a los discípulos.

En las reuniones de preparación de los organismos políticos referidos antes, hace memoria frecuente de figuras como Juan Germán Roscio y Manuel Palacio Fajardo, intelectuales de la insurgencia contra España, y de las ideas de pensadores imprescindibles del período nacional que carecían de estudio serio y estima cabal mientras prevalecía la alabanza de las charreteras, como José María Vargas, Francisco Javier Yanes, Fermín Toro, Cecilio Acosta y Pedro José Rojas. No deja de llamar la atención en esa época sobre el papel de la Sociedad Económica de Amigos del País, una agrupación de ciudadanos, la mayoría

propietarios en bancarrota y escritores que se estrenaban en las páginas de la imprenta, empeñados en la creación de una república liberal de orientación moderna cuando está a punto de suceder el derrumbe de Colombia y la nación autónoma da sus primeros pasos en medio de privaciones cuyo remedio no dependía de las decisiones del nuevo hombre fuerte, José Antonio Páez, sino del concierto de unas mentes dotadas para la soldadura de un intrincado rompecabezas. De largas sesiones de trabajo con Pascual Venegas Filardo, geógrafo e historiador que viene estudiando con paciencia las actas de la Sociedad Económica, saca notas y maneja reflexiones que le permiten tomar el proverbial caso como ejemplo cuando decide participar en la actividad política de manera coherente.

*La Venezuela civil. Constructores de la República*, el conjunto de textos del presidente Rafael Caldera que tengo el honor de presentar, encuentra origen en los hechos que he descrito de manera somera. Son letras ocupadas del encomio de figuras junto con las cuales compartió el trabajo de establecer la democracia representativa a partir del posgomecismo, pero no discurren únicamente en la temporalidad que las limita y reúne. No solo porque el autor no deja de llamar la atención sobre el pasado histórico cuando habla de sucesos de su presente, sino también porque la solidez del conjunto remite necesariamente a una reflexión llevada a cabo en las vísperas y en la posteridad. De allí que no estemos ante la muestra de unos discursos de ocasión. El tratamiento de los políticos de su época guarda relación con la trayectoria de la república en el pasado y, por consiguiente, también con las vicisitudes de la sociedad en el

porvenir. Cuando se mira hacia la historia se rebusca en los antecedentes ante la necesidad de detenerse en la inquietud de lo que no ha sucedido.

Ahora los antecedentes se reflejan en un espejo capaz de registrar la heterogeneidad de un etapa esencial de la vida venezolana, pero también de remontarse hasta capítulos posteriores, porque la equidad del autor evita las discriminaciones partidistas y las antipatías para reconocer una faena plural de quehacer republicano. Las páginas más convincentes y justas de Caldera se dedican a quienes fueron sus rivales en el juego habitualmente áspero de la política. Se acerca a sus antagonistas para valorar las obras que trascendieron el ámbito de las banderías. Distingue entre las menudencias y las colaboraciones trascendentales, para atesorar únicamente lo que se volvió aporte colectivo y enseñanza capaz de perdurar. También dirige sus ojos y su afecto hacia los compañeros de ruta, hacia los conductores del partido socialcristiano y hacia los colaboradores en funciones de gobierno, no faltaba más, pero como parte de un esfuerzo de comprensión. Pienso que, escribiendo como escribió y como comprobará en breve el lector, ofrece la pedagogía que más falta hace a nuestros días.

Entre los constructores que evoca, selecciona un pedestal de excepción para Rómulo Gallegos. Lo ve como un símbolo elevado en la cima, debido a sus creaciones literarias y a la rectitud de su paso sin mancha por el sendero de los negocios públicos. No es solo el maestro honesto o el mandatario condenado al oprobio de la militarada, sino Santos Luzardo salido de la novela para ofrecer iluminación a un proceso inédito. Para

Andrés Eloy Blanco, también escritor y político, guarda vocablos de especial estimación por la sensibilidad de su pluma, pero especialmente por su papel de artífice de la coherencia y del decoro cívico en un cuerpo constituyente que hubiera permanecido en la escala de las trifulcas cuando, para no caer en un despeñadero de insospechadas consecuencias, se precisaban una reflexión inhabitual en los parlamentos del pasado reciente y el comedimiento en las polémicas de un tiempo proclive a la combustión.

El fragmento dedicado a Rómulo Betancourt sorprende por la justiciera aproximación a quien fue, como se sabe, seguramente su rival de mayor peso en el juego político. Analiza las diferentes etapas de la peripecia de Betancourt, con el objeto de buscar una comprensión ajustada a las circunstancias propias de la evolución de un liderazgo destinado a marcar el proceso general de la democracia venezolana. Llega a conclusiones de extraordinaria significación, viniendo de quien vienen: Betancourt fue un estratega insólito, un político con sentido de la Historia, un magistrado de amplias miras, un hombre valiente, un mandatario dispuesto a las transacciones honorables por el beneficio de la sociedad, un promotor del desarrollo material y un protagonista consciente de la marcha inexorable del reloj que controla el tiempo de las supremacías personales. Recuerde el lector que no habla ahora un compañerito de partido, sino el hombre de oposición llamado Rafael Caldera.

Ese hombre de oposición tampoco ahorra el elogio cuando hace una ligera biografía de Raúl Leoni, otra figura prominente de Acción Democrática y quien lo derrotó en las elecciones

presidenciales de 1963. No solo despliega su entusiasmo ante la aventura de la Generación de 1928, en la que participó Leoni como líder de los estudiantes contra la tiranía de Juan Vicente Gómez, sino también ante el rol que desempeñó como presidente del Congreso mientras recrudecía el movimiento guerrillero, y, en especial, frente a su paciente y constructivo papel en la coordinación de la Constitución Nacional de 1961, un asunto que tocó de cerca al autor y resultó fundamental para la estabilidad de la democracia. También se detiene en la gesta de 1928 cuando pronuncia una breve oración fúnebre para Jóvito Villalba, estrella en el firmamento de las boinas azules. Villalba militó y fue cabeza de corrientes opuestas a él, pero lo reconoce como demócrata a carta cabal y como detentador de un carisma capaz de influir en medio siglo de historia contemporánea.

El texto que escribe sobre Arturo Uslar Pietri, escritor y ensayista célebre, pone de manifiesto la existencia de un pensamiento solvente sobre la influencia del petróleo en la sociedad venezolana. No le cicatea honores al autor, a quien entonces recibe como numerario de la Academia de Ciencias Políticas y Sociales, pero aprovecha la ocasión para describir la evolución del tratamiento del negocio de los hidrocarburos desde su establecimiento como elemento esencial de la vida venezolana, para congratularse por la aparición del oro negro, para demostrar que tal riqueza no se ha desaprovechado como sugieren numerosos críticos y para insistir en la necesidad del dominio de un negocio que todavía ha carecido del control adecuado de los gobiernos y de los hombres a quienes ha beneficiado. No lleva a cabo un torneo entre el reclamo de *sembrar el petróleo*, manifestado

por Uslar, y la necesidad de *dominar el petróleo*, que él asoma desde la tribuna de la academia, pero sugiere la alternativa de un debate que todavía no ha sucedido y que, por lo que incumbe a esta presentación, confirma la existencia de ideas dignas de atención sobre un asunto vital para la colectividad. Ciertamente no trata a Uslar como a los políticos a quienes dedica las letras que en breve se leerán, quizá porque el ambiente de un paraninfo permitía ciertas diferencias de índole intelectual o porque, a la hora de hacer el inventario de las espinosas faenas de un gobierno y de una oposición llevadas a cabo sin tregua durante sesenta años, duro y continuado durante cada día y cada noche, lo justo era regodearse en los dígitos del haber.

Los fragmentos finales de *La Venezuela civil. Constructores de la República* están dedicados a hombres cercanos al afecto personal de Caldera que echaron los dientes y pintaron canas en la construcción de Copei: Pedro Del Corral, Lorenzo Fernández, Nectario Andrade Labarca y Mauro Páez Pumar. Estamos ante la parte más subjetiva del libro, por razones obvias. Habla de compañeros imprescindibles de su fundación política y de criaturas de su vida privada. Intenta breves piezas biográficas que no son otra cosa que una parte inevitable de su autobiografía. ¿Cómo excluir la reminiscencia amable y el reconocimiento a una camaradería sin fisuras? ¿Cómo no verlos según fueron para él de veras, soldados en la misma trinchera, amigos entrañables y seguramente destinatarios de confidencias que nadie jamás conocerá? Lo que ahora el autor refiere de ellos sirve para la construcción de una mitología de los capitanes del socialcristianismo, que no han hecho sus seguidores como hicieron

los discípulos de los adecos con los padres del adequismo para conocimiento del público, pero, en especial, para acercarse a la fibra humana de quien, según las versiones más trajinadas, fue o trató de ser inaccesible al prójimo. El afecto que ahora despliega hacia sus íntimos, así como sus consideraciones sobre los hombres con quienes antagonizó, señalan lo contrario.

Pero es un aspecto irrelevante debido a que no hace ahora un juego floral, ni la exhibición de generosidad que en ocasiones engalana los discursos políticos, sino la tarea de presentar a la democracia venezolana como una faena constante y plural en cuya fragua destacaron unos protagonistas que no militaron en las filas de un único partido, ni leyeron un tipo exclusivo y excluyente de libros, ni hablaron en tono monocorde ni vivieron sus experiencias en salones herméticos, circunstancias que les permiten hacer lo más importante que se hizo por Venezuela desde los tiempos del posgomecismo. Por consiguiente, y en última instancia, no se refiere solo a figuras destacadas de la historia contemporánea, sino a los valores que introducen y apuntalan con su conducta. Tras el examen de diez vicisitudes personales está presente siempre, de manera invariable, la ponderación de las cualidades del republicanismo, en cuya búsqueda se fundó la nación al separarse de España y que se renuevan y fortifican a partir de 1935.

El más reciente de los fragmentos que forman la trama de *La Venezuela civil...* data de 1989. Parece remoto, si se establece una analogía de lo que escribe con las cosas que suceden en la actualidad; parece de otro mundo, si juzgamos desde el mundo revuelto, menor y extraño que ahora vivimos los ve-

nezolanos. Esa aparente lejanía de lo que de veras es próximo pero que, por desdicha, forma parte de un acervo cada vez más relegado a los rincones de la sociedad, le concede especial trascendencia a las letras del presidente Rafael Caldera sobre los protagonistas de su tiempo. También son los hombres de ahora, pese a su desaparición física y al empeño que se ha puesto desde las alturas del poder, de manera deliberada y artera, para que sean objeto de la subestimación y del olvido. Representan los valores republicanos de su época, semejantes en su médula a los del nacimiento del Estado independiente y a los que se quieren escamotear en nuestros días.

Que lo haya acompañado quien escribe en esta primordial faena es inmerecido privilegio, cuya única justificación puede consistir en el hecho de que los historiadores, por asuntos del oficio, tenemos la misión de hacer puentes entre las épocas y entre sus artífices.

**Elías Pino Iturrieta**

Caracas, noviembre de 2013





# RÓMULO GALLEGOS<sup>1</sup>

## *Término fecundo de una larga jornada*

Está de pie la Patria para despedir a Rómulo Gallegos, cuyo espíritu parte, en alas de la gloria, en vuelo firme hacia la eternidad. Su cuerpo baja a la misma tierra que él interpretó mejor que nadie, para confundirse con ella. Al enrumbarse definitivamente por la historia, lo acompaña la oración que brota de la fe sencilla de su pueblo. Y al lanzarse a la que, usando sus palabras, podría llamarse “inmensidad bravía”, esté seguro de que van en su alforja peregrina la gratitud, la admiración y el afecto inmarchitable de sus compatriotas.

Me toca decir a sus despojos mortales el adiós de todos los venezolanos. De todos, sin la menor sombra de discriminación. De los venezolanos, congregados ante su féretro en con-

---

1 Rómulo Gallegos, el formidable escritor que en sus novelas relató la realidad venezolana y trazó caminos de esperanza, el hombre que luchó por una Venezuela democrática y que ejerció por voluntad popular, aunque solo durante breves meses, la Presidencia de la República, falleció en Caracas al poco tiempo de haberse iniciado un nuevo gobierno bajo la presidencia del autor. Fue iniciativa propia del entonces Jefe del Estado la de pronunciar una oración en sus exequias, en el Salón Elíptico del Palacio Federal, después de las que pronunciarían el presidente del Congreso y el doctor Gonzalo Barrios como representante de la tolda política del expresidente Gallegos. Con sincera admiración y penetradas de una amistad que había surgido en medio de ardorosa lucha, las palabras que aquí se recogen constituyen un sincero homenaje de reconocimiento a la figura del gran escritor, del luchador cívico y del ilustre presidente de Venezuela.

senso unánime, capaz de reunir, junto a sus discípulos, a los nietos de quienes fueron sus alumnos; junto a sus colegas en la andanza enaltecida de las letras, a los toscos y sanos campesinos descritos por él en sus novelas; junto a quienes tuvieron el privilegio de ser sus compañeros de filas, en la importante organización política que contribuyó a fundar y a la que dio la fama conquistada por su nombre; a los demás que no estuvieron en su misma trinchera en horas de combate. Hablo en nombre de todos, para decirle que su recuerdo lo guardaremos con legítimo orgullo, porque él contribuye a enaltecer el gentilicio nacional.

Rendimos homenaje reverente al escritor que logró traducir en sus libros la potencialidad germinal de nuestra geografía, la bondad cálida y la indoblegable voluntad de nuestra gente, los inmensos problemas y las inagotables esperanzas de nuestra realidad social.

Rendimos homenaje al maestro que dedicó largos años de esfuerzo a la siembra de ideas y de inquietudes en el alma de varias generaciones.

Rendimos homenaje al hombre público, cuyo propósito guiador fue la voluntad de servir a los más altos intereses del pueblo: al exiliado voluntario que dejó la patria para no concurrir a un cuerpo que no disfrutaba de la sinceridad de sus funciones; al concejal y al diputado electo por Caracas en momentos de intensa promoción; al ministro y al Presidente que en su breve ejercicio, por encima de las controversias, aseguró el reconocimiento de la verticalidad de su estatura y la probidad de su intención.

Rendimos homenaje al hombre íntegro que supo hacer brillar su personalidad en las horas amargas de infortunio.

Rendimos homenaje al familiar insigne, al esposo devoto, al padre bondadoso, en quien se vieron reunidas las virtudes de una vida privada intachable, sólida base de sus actuaciones de estadista y político.

Hoy está su nombre por encima del bien y del mal. Más arriba de las controversias en que la vida hubiera de mezclarle, borradas hace tiempo por la luz de su brillante personalidad. Junto a su féretro, acompañados por los representantes de gobiernos amigos, que han venido a compartir nuestra pena, estamos reunidos, sin omisión alguna, los que fuimos testigos de su vida señera y le vimos llegar hasta el fin de sus días con el fulgor con que se sumerge suavemente en el ocaso, en la ilimitada extensión del horizonte, el sol de nuestros llanos.

Por ello no he vacilado en hablar con la voz integral de Venezuela entera. Podría agregar mi testimonio personal, aunque muy poco añadiría a lo que en el mismo orden saldría de muchas bocas. Para mí, su figura es nítido recuerdo desde cuarenta años atrás, cuando lo enviaron a pacificar ímpetus estudiantiles de examinandos turbulentos en la vieja escuela de San Lázaro, tarea que cumplió sin separarse del teclear incesante sobre la maquinilla de escribir, de donde —según se susurraba— iban saliendo borradores prodigiosos para su más afamada novela. Ese recuerdo se hace imborrable en mi memoria desde la época en que me concedió —cuando yo apenas acababa de pasar los treinta años y tuve el honor inmenso de ser su contendor— generosas frases de aprecio, conmovedoras manifestaciones de confianza

y un excepcional testimonio de justicia del que no he conocido similar en la vida política de esta o de otras tierras. Pero no es la ocasión de ponernos a discernir tonos de gratitud o admiración por la gran figura que se ha marchado a la inmortalidad; es la hora del duelo nacional y del reconocimiento común, surgido de todos los pechos hacia un venezolano eminente cuyo contorno, por múltiples respectos, tiene dimensión ejemplar.

En nombre del pueblo y del Gobierno de Venezuela, traigo a los afligidos deudos del expresidente Gallegos nuestro pesar, que queremos mezclarlo y confundirlo con el suyo. Y al ciudadano probo, al eximio escritor, al ilustre estadista, al maestro preclaro, al hombre bueno que fue don Rómulo Gallegos, traigo nuestra diáfana admiración y cariño, libres de escorias, fundidos en el crisol de la solidaridad nacional ante el hecho de su perennidad.

Al fin de su existencia mortal, nada me parece más cónsono que evocar sus palabras de extasiada contemplación ante la inmensidad del Orinoco, que podían aplicarse al torrente caudaloso de su propia existencia:

Término fecundo de una larga jornada que aún no se sabe precisamente dónde empezó, el río niño de los alegres regatos al pie de la Parima, el río joven de los alardosos escarceos de los pequeños raudales, el río macho de los iracundos bramidos de Maipures y Atures, ya viejo y majestuoso sobre el vértice del Delta, reparte sus caudales y despide sus hijos hacia la gran aventura del mar; y son los brazos robustos reventando chubascos, los caños audaces que se marchan decididos, los adolescentes todavía soñadores que avanzan despacio y los caños niños que se quedan dormidos entre los verdes manglares.

Abismados en la meditación, no olvidemos lo que él mismo dijo: “(...) porque algo, además de un simple literato, ha habido siempre en mí”. Y ese algo, pensamos, continúa en plena marcha. Como en su relato, “el barco avanza y su marcha es tiempo, edad del paisaje”. Marcha, tiempo, edad, paisaje, proyección superior aun a su estupenda literatura, plenitud del río gigante que se expresa en mil formas y que, renovándose todos los días, continuamente se mueve hacia la infinitud, todo eso pasa por nuestra mente al despedir los despojos mortales de don Rómulo Gallegos, con la voz auténtica de un pueblo que lo siente más suyo ahora que nunca, cuando ya no le pertenece a él solo, porque forma parte del acervo histórico de la humanidad.

Presidente Gallegos: ¡descansad en paz!



## ANDRÉS ELOY BLANCO<sup>2</sup>

### *El amortiguador de la Constituyente*

Deja Andrés Eloy Blanco tras de sí un hermoso testimonio poético. Sus versos, que ya desde los días del *Canto a España* corren de labio en labio, seguirán viviendo como una emoción pura, expresada con tersa limpidez. En su obra, la selección la irá espigando, no el rigor doctrinario de los críticos sino el sentimiento de las gentes sencillas. Porque ellas fueron siempre, en el fondo de su creación poética, el destinatario de su obra. Hizo intentos, sin duda, de incorporarse a los nuevos estilos literarios: pero no porque llegara a identificarse con ellos, sino porque quería demostrar que tenía talento también para triunfar dentro de ellos, todo para justificar y revalorizar su obra

---

2 Cuando entramos a la universidad, ya para nosotros era Andrés Eloy Blanco un motivo de admiración profunda, por su talento, por la belleza de sus versos, por su condición de perseguido político. Después nos tocó combatir en frentes opuestos. Nos encontramos en el Congreso en las jornadas políticas de 1941. Allí se inició una amistad que fue para mí inestimable. En la ocasión de su trágica muerte escribí un artículo que debía aparecer en la revista *Elite*, pero fue retenido por la censura. Copiado de mano en mano, lo publicó el diario *Excelsior* de México y desde 1958 se difundió en Venezuela. Andrés Eloy Blanco nació en Cumaná el 6 de agosto de 1897 y murió en México, en un accidente de tránsito, el 21 de mayo de 1955. Además de su extraordinaria obra poética y sus abundantes trabajos en prosa, fue un destacado político, brillante orador y ágil parlamentario. Padeció cárcel y exilio. Presidió la Asamblea Nacional Constituyente instalada el 17 de diciembre de 1946 y fue ministro de Relaciones Exteriores en el gobierno de Don Rómulo Gallegos.

genuina ante el posible menosprecio de una moda que les atribuyera importancia menor.

Invitado por él, una tarde asistí en el Ateneo de Caracas al bautizo de una de sus obras circunstanciales: *Baedeker 2000*. Pero de allí salí más firmemente convencido de que en Andrés Eloy Blanco el poeta esencial era el de *Poda*. Y creo que él también lo comprendió así; y el buscarse a sí mismo, aunque adornado con expresiones de las nuevas tendencias, fue su suprema afirmación en *Giraluna*, donde, según la expresión de Gallegos, estampó “versos que parecen despedida y testamento”.

De *Poda* a *Giraluna*, su poesía exquisita va reflejando afectos que no puede menos de sentir quien la lea. Esos afectos, que empiezan en la madre y van hasta los hijos, se expresaron siempre con una altura que da perennidad a sus palabras y las libera de la escoria de las contingencias. Testamento, sí, pero además en el sentido de “testimonio”: testimonio de lo que fue el poeta, de lo que amó el poeta, de lo que el hombre cultivó dentro de sí desde su fulgurante adolescencia hasta el trágico instante de volver a las manos de Dios. Y quien no quiera reconocer esa unidad, que diga, por ejemplo, si no es una sola emoción la que se vertió en el recuerdo de la madre “a un año de su luz” y la que se derrama en alguna estrofa de “Las uvas del tiempo”:

*¡Yo estoy tan solo, madre,  
tan solo!, pero miento, que ojalá lo estuviera;  
estoy con tu recuerdo y el recuerdo es un año  
pasado que se queda.*

Testimonio, en fin, que quiere resumir en una línea la definición de la vida, y a fe que difícilmente puede lograrse una mejor que la que a sus hijos ofreciera:

*Vivir es desvivirse por lo justo y lo bello.*

Otros harán, con más autoridad en el campo de la literatura y de la crítica, un exhaustivo análisis de la personalidad del poeta. Yo quiero hoy, ante el dolor sincero de su muerte, ofrendarle el homenaje de una amistad forjada en el combate desde posiciones opuestas, y que pudiera ser ejemplo de cómo se puede luchar ardientemente sin negar el deber común de salvar lo fundamental que a todos nos vincula y obliga.

### **De poeta a orador parlamentario**

Conocí a Andrés Eloy Blanco en el Congreso. Cuando fui diputado, en 1941, ya él era veterano en el ajetreo parlamentario. Antes del 36 lo había encontrado, quizás, alguna vez, en alguna fiesta social donde le expresaría la admiración de nuestra generación adolescente por su obra literaria, en la cual encontrábamos admoniciones como esta:

*... nuestros mayores  
nos agradecerán seguramente  
hablar menos de ellos y hacer más por su Idea.*

Pero luego había sido el discurrir atormentado de los cauces opuestos, el defender desesperado de las convicciones frente a una avalancha arrolladora dentro de la cual él parecía. Todo nos separaba. Veinte años de edad es mucha diferencia en un país donde se vive tan aprisa. Un cerro de papel y ruido había colocado entre ambos una inmensa muralla. Mas nació la amistad. Y perduró, sin que para ello hubiera cesado la lucha.

Recuerdo el origen extraño de aquella vinculación personal. Se había discutido vivamente un proyecto de ley. El Gobierno se empeñaba en pasarla y la oposición en torpedearla. La obstrucción parlamentaria se expresaba en interminables debates; el alicate no existía y los sostenedores de la ley optaron por prorrogar indefinidamente las sesiones, que se levantaban clareando la mañana. La situación parecía insostenible, cuando algunos diputados logramos resolver el *impasse* proponiendo un pacto de caballeros. Mala fortuna tuvo el pacto: unos lo infringieron abiertamente; otros, en el momento de cumplirlo, se esfumaron, y aparecieron para ultimar su muerte algunos que no habían concurrido en el momento de sellarlo. Hice entonces lo que cualquier hombre de honor tiene que hacer: defender encarecidamente el pacto y reclamar lo que exigía el prestigio de la institución parlamentaria. Mi posición quedó desde ese momento definida. Y una de las noches siguientes repicó en mi casa el teléfono. Desde una reunión de amigos, me estaban llamando para anunciarme que Andrés Eloy Blanco quería hablarme; y así, por medio del teléfono, me ofreció el gran poeta su amistad, que había de perdurar en medio de la lucha de corrientes adversas que ambos representábamos.

Como orador parlamentario era de extraordinaria vivacidad. La multiplicidad de su talento soportó victoriosamente aquel cambio de oficio. La polémica política era lo más lejano que podía suponerse del poeta de *Podá*. Pero la ensayó, y en ella pudo rubricar los brillantes destellos de su ingenio.

Cuando charlábamos en la intimidad de los recesos, con frecuencia le expresé mi opinión de que su género parlamentario no estaba hecho para la oposición, sino para el Gobierno. El orador de oposición tiene que transmitir en sus palabras el dramatismo de una angustia: su función es la de hacer presente una inconformidad que vibra en el corazón de mucha gente. El vocero gubernativo tiene que proceder de otro modo: ha de dar la impresión de que no hay problema insoluble; debe refrigerar los ánimos cuando más tensos sean; y una salida amena es capital inapreciable para volver la paz a los espíritus cuando más enconados se hallen en agria disparidad.

Por aquel entonces ambos hacíamos oposición, aunque desde zonas divergentes. Coincidimos en algún caso, como al salvar el voto al Tratado de Límites, aun cuando las opiniones se expresaron también entonces en textos diferentes. Y cuando terminaba mi período parlamentario, en 1944, en plena discusión de la reforma constitucional, emitió sobre mí generosas palabras, que hoy quiero agradecer de nuevo ante su tumba abierta lejos de la patria. Poco después de aquella etapa volvimos a encontrarnos, él ya desempeñando el papel que a su estilo parlamentario estaba reservado.

## **El “amortiguador” de la Constituyente**

De pronto, el destino había colocado a su partido en el poder político. Difícilmente grupo alguno podrá tener una oportunidad tan feliz como aquella. Todos volvían sus ojos al ensayo, y por si fueran pocas las circunstancias que contribuían a favorecerlo en el ánimo público, para colmar su popularidad tenía consigo, juntos (caso tal vez sin igual en el mundo), a un novelista popular de la estatura de Rómulo Gallegos y a un poeta popular de la talla de Andrés Eloy Blanco.

No fue tranquilo, sin embargo, el clima en que se reunió la Asamblea Constituyente de 1946. Catorce largos meses habían pasado y en ellos había habido ya choques, medidas de emergencia, incidencias diversas que la nación conoce. La campaña electoral fue agitada. En Caracas se abrió con los hechos sangrientos de ataque a nuestro mitin del 18 de junio. Y ya elegida la Constituyente, seis días antes de reunirse, un movimiento de importancia había ocurrido el 11 de diciembre.

El clima estaba preparado para que la Asamblea degenerara en hechos de violencia. Hoy, viendo a la distancia aquel agitado panorama, resalta la elevada función pacificadora que desde su curul de presidente tocó desempeñar al representante Andrés Eloy Blanco.

Desde el primer momento, él fue el resquicio de comprensión necesaria para que aquel cuerpo desempeñara su función, su función primordial, la de debatir ante los oídos del pueblo venezolano las cuestiones fundamentales de su organización política, que hasta entonces le habían sido total o parcialmente

ajenas. Andrés Eloy lo comprendió así. Por él pudo lograrse que se transmitieran las sesiones a través de la radio. Él influyó, como ninguno, en mantener la unidad orgánica de un cuerpo dividido en fracciones ardientemente opuestas. Y cuando la violencia verbal hacía parecer imposible la permanencia de la minoría en el seno de la Asamblea, él buscaba en los inagotables recursos de su talento la manera de echar, sin aparecer desautorizando abiertamente a sus más apasionados compañeros, un refrigerio sobre el espíritu atormentado de la cámara, que era un eco del espíritu angustiado de la Patria.

Diez meses duraron las reuniones de aquella histórica Asamblea. Los oídos estuvieron pendientes de aquellos micrófonos, por los cuales se discutieron los grandes problemas de la vida venezolana. A punto de interrumpirse el diálogo, en más de una ocasión, es de justicia proclamar que al fino temperamento de Andrés Eloy Blanco, a su cultura, a la simpatía que en un gesto oportuno se sabe ganar, se debió en gran parte el que males mayores pudieran evitarse.

En el seno de la Constituyente, se afanaba en mantener todo el grado de cordialidad posible. De pronto, un ujier de la cámara se acercaba a uno de nosotros con un papelito escrito a lápiz. Era una estrofa humorística que Andrés Eloy acababa de improvisar y nos enviaba por darse el gusto de vernos sonreír.

Una vez por ejemplo, en un largo debate entre Andrade Delgado y Ambrosio Perera, lo comentaba así:

*Para que este agosto  
coro se convirtiera en un cisco,  
Andrade se comió un disco  
y Ambrosio se comió un loro.*

Otra vez se trataba de que una distinguida señora, que esperaba la llegada de un hijo, se había incorporado a la cámara para llenar una suplencia:

*La suplente está en delito  
porque así, burla burlando,  
nos metió de contrabando  
un diputado chiquito.*

*Pero tal desaguisado  
se atenúa, considero,  
pues ya tienen compañero  
Ferrer y Andrade Delgado.*

Corría el lápiz sobre las hojas del bloc, que circulaban hasta que alguien las guardara. En alguna ocasión el pinchazo iba dirigido a los médicos quienes, contra lo por todos esperado, excedían ampliamente al gremio abogadil por el gusto de las discusiones. Haciendo referencia a las existencias del cafetín interno, la coplilla decía:

*Cuando se plantea un debate,  
o médico, o sanitario,  
se acaba el queso, el tomate  
y el tiempo reglamentario.*

En alguna ocasión en que el historiador Ambrosio Perera hizo erudita disertación sobre el régimen de tierras en la época colonial, el papelito decía que Ambrosio había desencadenado un aguacero “de agua de Colonia”. Y en otra –porque llevaba horas sentado dirigiendo un debate y para no dejarle la batuta al segundo vice, urgía la presencia del primero, que lo era el doctor Jesús González Cabrera (a quien apodaban cariñosamente “El Mono”)– escribió este mensaje:

*Se ha perdido un mono, y yo,  
le agradezco al que lo vea,  
me lo traiga, pues si no,  
la Presidencia se m...!*

Las risas que arrancaba morigeraban un poco la vehemencia de aquellos días. Al mismo tiempo, se interesaba en llamar a los representantes de las diversas fracciones para discutir grandes y pequeños problemas. Acogía con viveza proposiciones como la de recomendar la edición de las obras de Bello o colocar, en un depósito digno de su gloria, los restos del Padre de la Patria. Y dijo hermosamente, en sus palabras de clausura: “En testimonio de gratitud por el inmerecido honor que me hicisteis al designarme para presidir vuestras deliberaciones, os vengo a decir

que ese signo purísimo de la palabra popular (la campanilla) no tembló nunca entre mi mano; que estimaría como el mejor de mis orgullos el que dijerais, al llegar a vuestros hogares, que mi modesto trabajo se significó por el respeto igual a las fracciones en el combate parlamentario”. Ellas expresaban –lo creo sinceramente– el mejor anhelo de su alma.

### **Ante su tumba**

Ha terminado el hombre su existencia mortal. Ha vuelto a las manos de Dios. Infinita es la misericordia de Aquel, a cuyo seno vuelve quien en sus versos expresó sentimientos no exentos de emoción religiosa. Dios es amor, y amor no ha de faltarle al poeta que cantó puro amor.

Al emprender súbitamente su viaje decisivo, recordemos, como el marino de su *Canto*,

*que es Dios quien fija el rumbo y da el destino,  
y el marino es apenas la expresión de un anhelo,  
pues para andar sobre el azul marino  
hay que mirar hacia el azul del cielo!*

El Dios misericordioso pensará que si ese rumbo, trazado en el primero de sus cantos, pudo perderse alguna vez en los azares de su vida, reapareció como mensajero de esperanza dentro del “bosque de los crucifijos”, en los versos que marcan su destino final, pues el poeta escribió, para terminar el último de sus poemas, estas estrofas rezumantes de mística unción:

*Y así los cuatro en el coloquio santo,  
con la esperanza sobre la almohada,  
detrás del sueño y más allá del llanto,  
y allá, por fin, la humanidad lograda  
detrás del bosque de sus crucifijos,  
recibiendo en el hambre y la mirada  
la luz y el pan que le darán mis hijos.*



## *La parábola vital de*

**RÓMULO BETANCOURT<sup>3</sup>**

Considero un acierto de la Universidad Rafael Urdaneta la creación de esta cátedra que lleva el nombre del venezolano de mayor importancia política en los últimos cincuenta años. Considero, realmente, que se trata de un homenaje de especial significación e importancia, porque esta cátedra debe servir para el análisis, para la interpretación, para el planteamiento de los factores y vivencias de la realidad venezolana contemporánea, de cuyo conocimiento carece una gran parte de nuestra población nacida y crecida dentro del sistema democrático que se inició el 23 de enero de 1958.

Pienso que si al propio Rómulo Betancourt se le hubiera dado la oportunidad de escoger, sería este tipo de homenajes el que habría preferido. Quizás, permítaseme decir, mucho más que algunas expresiones que él habría considerado un tanto cursis. Más que la deformación de una vigorosa personalidad que tiene un haber extraordinario dentro de la construcción de la Venezuela nueva y cuya realidad humana es, a mi modo de

---

<sup>3</sup> Conferencia inaugural de la Cátedra Rómulo Betancourt en la Universidad Rafael Urdaneta, Maracaibo, 19 de mayo de 1988.

ver, superior al mito un tanto arbitrario con que a veces se la pretende sustituir.

La Cátedra Rómulo Betancourt tiene un compromiso de perennidad, tiene una obligación de objetividad, tiene un deber de seriedad en la investigación y en el planteamiento de los hechos de esta Venezuela nueva, que en los últimos treinta años ha vivido una experiencia totalmente inédita dentro de su historia republicana anterior. Rómulo Betancourt, como protagonista de este proceso, tiene derecho a que su figura estimule e impulse el análisis real de lo que es Venezuela, de sus antecedentes, de sus circunstancias y de la obligación que las actuales y las nuevas generaciones tienen contraída con el futuro del país. Rómulo Betancourt es un político vinculado a la Historia, no solamente porque le correspondió hacer historia, sino porque no desdeñó nunca el estudio y el conocimiento de la historia como una fuente insustituible para la acción política. Hace poco, el día 9 del presente mes, se le rindió en la ciudad de Roma un homenaje al gran estadista y político Aldo Moro, al cumplirse diez años de su deplorable asesinato. La presidenta del Parlamento Italiano, la diputada comunista Nilde Iotti, abrió el acto con unas palabras en las cuales destacó que Aldo Moro “nunca pensó en la política separada de la historia y de la sociedad”. Insistió en que Moro fue de esos genuinos estadistas que comprendieron que sin el conocimiento de la historia, sin el análisis y la perspectiva de la historia, la acción política estaba condenada a algo superficial y transitorio. Rómulo Betancourt fue un político que comprendió perfectamente esta verdad y sus contertulios suelen recordar el énfasis que ponía en que

para ser en Venezuela un político eficiente había que conocer los quince tomos de la *Historia Contemporánea de Venezuela* de González Guinán. Había en esto, quizás, algo de exageración, pero una exageración perfectamente meditada, porque Betancourt tuvo el acierto de expresar en frases que impactaban lo que en un determinado momento debía constituir una consigna, un compromiso o un deber que cumplir.

### **El año 1908**

El año de 1908 en Venezuela revistió unas características especiales. Rómulo Betancourt nació el 22 de febrero. Jóvito Villalba el 23 de marzo. Juan Vicente Gómez asumió a plenitud el poder el 19 de diciembre. Para ese momento, dentro del presente siglo, habían nacido Gonzalo Barrios en 1901, Luis Beltrán Prieto Figueroa en 1902, Raúl Leoni en 1905, Arturo Uslar Pietri en 1906. Esos son unos nombres, entre muchos otros de señalada importancia que se podrían mencionar: todo un compromiso con el porvenir de Venezuela, de una Venezuela que para entonces padecía el complejo de ser una de las naciones más atrasadas de un continente subdesarrollado como lo es la América Latina.

Los que nacimos dentro de los veintisiete años transcurridos desde 1908 hasta 1935, crecimos con el peso de ese complejo sobre nuestra conciencia y con el dolor de una realidad que nos invitaba a luchar para que Venezuela tomara el puesto decoroso a que la comprometía su historia. Una historia que se recordaba con pomposos actos y elocuentes discursos en las ceremonias oficiales, que se proclamaba frecuentemente en los momentos

en que más oscura era la situación del país; pero al fin y al cabo ese recuerdo servía para evocar lo que habíamos sido y promover el compromiso de lo que debíamos ser. En la Venezuela de entonces, las familias distinguidas de Maracaibo mandaban a sus hijas a educarse en Curazao, y los enfermos delicados iban a Panamá a consultar profesionales de la medicina que les merecían más confianza que los profesionales venezolanos.

Nos encontrábamos en una dura situación. Un siglo de guerras civiles había contribuido al atraso que padecíamos, para el cual se habían sumado además circunstancias tan graves como la malaria, que llegó a destruir totalmente poblaciones que fueron emporios de riqueza en el tiempo de la Independencia. Betancourt estudiante se forja con esa angustia, con esa preocupación, con ese deseo de luchar, y por eso en la Semana del Estudiante de 1928 es uno de los que aflora con mayor interés por despertar en sus compañeros de generación el propósito de combatir para darle a Venezuela libertad, dignidad, progreso y justicia.

No podemos menos que recordar que para 1935 el índice de analfabetismo estaba posiblemente cerca del 70%; que había, en un país de tres millones y medio de habitantes, apenas mil quinientos estudiantes universitarios. El país requería una tarea recia en la cual había que empeñarse muy duro. En Betancourt, joven de poco más de veinte años, aparece una preocupación que es un elemento muy importante para el futuro y que se muestra en él desde el primer momento: la búsqueda de una organización partidista para la construcción de un nuevo país. El doctor Ramón José Velásquez, en la introducción general del *Archivo Político* de Betancourt, dice que, para él, “1930 a

35 será el lustro más importante desde el punto de vista de los preparativos para la organización del nuevo país político”.

Pasan, pues, la etapa fugaz de la universidad, la aventura del asalto al Cuartel San Carlos, los años del exilio, pero se afirma una preocupación insistente por buscar caminos hacia la organización del nuevo país político, a que se refiere el doctor Ramón José Velásquez en las palabras que acabo de citar. Desde el principio entiende que la tarea no es para una sola personalidad ni para esfuerzos aislados, y por eso van apareciendo, en el curso de su agitada vida, tentativas de creación de lo que en definitiva va a ser un partido político, un gran partido político popular al cual entrega su vida, lo mejor de sus preocupaciones: el grupo Ardi en Costa Rica, Orve (Organización Venezolana) en los albores de la democracia que empieza a dibujarse en el año de 1936; el Partido Democrático Nacional (PDN), al cual se entrega para organizar sus cuadros en sus años de clandestinidad, y finalmente el partido Acción Democrática, legalizado cuando empieza la vida partidista de una manera sólida y estable en el gobierno del presidente Medina.

### **Mi amistad con Betancourt**

El hecho de que se me haya invitado a hablar sobre la personalidad de Betancourt en la inauguración de esta cátedra lo agradezco muy de veras. Acepté de inmediato porque se me ha ofrecido una oportunidad (y no creo que podía haberla mejor) para rendir homenaje a un hombre con quien me unió una amistad, una amistad seria, sólida, una amistad que no se fundaba en vivencias de naturaleza subalterna sino en una preocu-

pación de lleno por lograr el encauzamiento de la democracia venezolana. Esa amistad nació en la lucha, en trincheras opuestas. Apenas coincidimos en alguna ocasión, como en mayo de 1945, en el mitin del Nuevo Circo de Caracas para promover la incompatibilidad de las funciones ejecutivas y legislativas como una necesidad nacional.

En octubre de 1945 me llama por primera vez a prestar mi colaboración a la empresa que él asumía en condiciones muy especiales. El doctor Juan Pablo Pérez Alfonzo primero me llamó –habíamos estado y estábamos juntos en el Consejo de la Facultad de Derecho de la Universidad Central– para ofrecerme el cargo de Consultor Jurídico Adjunto de la Junta Revolucionaria de Gobierno. No podía aceptarlo, porque ya tenía conmigo mismo y con no pocos venezolanos el compromiso de lanzarme a una acción política que evidentemente sería incompatible con el cargo. Me buscó de nuevo Juan Pablo, ahora para insistir en que lo acompañara como Consultor Jurídico en el Ministerio de Fomento, y como tuve que declinar también este ofrecimiento, a los pocos días me llamó para decirme de parte del presidente Betancourt que quería que asumiera la Procuraduría General de la Nación. Acepté el encargo con la explicación previa de que el desempeñarlo no debería cohibirme en la labor que tenía por delante de comenzar la organización de un partido político. Betancourt, lejos de objetarla, más bien estimuló la idea, porque consideraba que en el país una fuerza política inspirada en el pensamiento de la democracia cristiana, con cuyos líderes él había hecho una buena amistad en Chile y en Uruguay, era una necesidad histórica.

No duré mucho en la Procuraduría; la marcha de los acontecimientos nos separó por varios años. Nos encontramos de nuevo, fugazmente, en Nueva York, en el mes de enero de 1958, y luego, ante la realidad del nuevo experimento democrático que, después de haber sufrido numerosos fracasos, se presentaba otra vez ante el pueblo venezolano. En ese momento la preocupación de los venezolanos empapados en la historia del país era la de que el esfuerzo por conquistar la libertad no naufragara nuevamente. Varias veces he repetido que Betancourt solía usar la frase de Mme. Letizia, la madre del Emperador Napoleón, que cuando le hablaban del esplendor del mundo bonapartista, comentaba: “*Pourvu que dure*”, con tal que dure. ¡Con tal que dure! Y ese *con tal que dure* estaba expresa o tácitamente en la conciencia de todos los que habíamos asumido la responsabilidad de participar en la dirección de la vida del país hacia una institucionalidad democrática.

Y no era fácil. Una cosa que es necesario que los jóvenes, nacidos y formados dentro del sistema democrático, no ignoren, es que el proceso de afirmación, especialmente en los primeros seis años, que van de 1958 a 1964, estuvo erizado de peligros y de dificultades. Sería un error el que los jóvenes creyeran que la democracia conquistada el 23 de enero con la salida del dictador al exterior marchó desde entonces sobre rieles, sin que hubiera mayores problemas que resolver. El año 58 estuvo hinchado de problemas. El 23 de julio, el gobierno provisional estuvo prácticamente derrotado. El 7 de septiembre, nuevamente, hubo un movimiento en que nada menos que la unidad encargada de custodiar y proteger al Ejecutivo

en Miraflores era la protagonista de la subversión. Esto sucedió una y otra vez en el gobierno de Betancourt. Las palabras “Porteñazo”, “Barcelonazo”, “Carupanazo” no fueron vocablos huecos, sino expresión de una dramática y angustiosa realidad. En esta situación venía muchas veces a mi conciencia una frase del presidente Gallegos, que a los pocos meses de haber asumido el poder, en 1948, me dijo: “Caldera, el hombre de presa acecha. Quizás no esté lejano el día en que Ud. y yo nos encontremos en el exilio”.

La historia de Venezuela fue realmente dramática, y yo estoy convencido de que de no haber sido por la dolorosa experiencia que nos reunió a los dirigentes de todos los partidos en las cárceles y en el exilio, habría sido difícil sostener la obligación solidaria que habíamos contraído de llevar adelante el proceso para no defraudar la esperanza que latía en el pecho de la buena gente venezolana.

La amistad la forjó entonces el compromiso que habíamos contraído con la historia, con el país, con nuestra propia vida. Me ofreció Acción Democrática a través del doctor Raúl Leoni y del doctor Gonzalo Barrios y en nombre del presidente Betancourt, ya electo, la presidencia de la Cámara de Diputados. Esta posición no la entendí simplemente como una dignidad, ni como una fuente de honores y satisfacciones, sino como un compromiso muy serio, como una obligación muy exigente, en la cual me sentía obligado a participar para echar bases firmes al sistema democrático venezolano.

Fuimos, los copeyanos, a una coalición de gobierno con el presidente Betancourt. Le presenté como candidatos para for-

mar parte de su gabinete a los mejores hombres que le podía ofrecer. Y sentí que la obligación que nos incumbía era la de darle una colaboración leal, la de hacer el mayor esfuerzo posible para que el Gobierno saliera hacia delante.

Y esa amistad, que no fue de una frecuente intimidad pero sí una relación permanente inspirada en los intereses superiores del país, se pudo llevar adelante y –diría yo– pudo ir fortaleciéndose cada día, porque fue hecha a base de franqueza, a base de honestidad y a base de tener como norma cumplir a cabalidad los acuerdos que se formalizaron. En algunas ocasiones he dicho, cuando se habla no solo en Venezuela sino en toda la América Latina, y aun más allá, del Pacto de Puntofijo, que el mérito del Pacto de Puntofijo no fue redactarlo ni firmarlo. Muchos pactos hermosos se han elaborado y suscrito en la historia política de los pueblos. El mérito de Puntofijo fue cumplirlo, y se ejecutó con entera lealtad hasta el último día del gobierno del presidente Rómulo Betancourt.

### **No siempre fácil**

Esta relación no siempre fue fácil y sencilla. Es lógico comprender que en muchas ocasiones hubiera opiniones diversas. Debo admitir y proclamar que la actitud que el presidente Betancourt adoptó en esas ocasiones fue siempre de una gran altura y ellas me sirvieron para corroborarme en la idea de que no se trataba de un agitador político sino de un verdadero estadista.

Cuando me notificó, una noche que fuimos convocados al Palacio de Miraflores, que se había decidido devaluar la moneda y le expresé nuestra posición contraria, manifestó que él

no tomaría esa decisión si nosotros no lo acompañábamos. Eso ocasionó la renuncia de un distinguido venezolano a quien quise y admiré mucho pero con quien en ese momento discrepé, que era el ministro de Hacienda, el doctor José Antonio Mayo-bre. Y en una ocasión (el general Antonio Briceño Linares, aquí presente, estaba esa vez en Miraflores) tuvimos una discrepancia sobre una situación de procedimiento por la angustia en que él se encontraba ante la situación de Venezuela en el año de 1962. En aquella ocasión me dijo: “Estoy dispuesto a hacerlo aunque Copei no me acompañe”, y me vi en el caso de manifestarle, con todo sentimiento, que no podíamos acompañarlo porque ello le quitaría fundamentación al mismo apoyo que le estábamos dando. Al día siguiente, Juan Pablo Pérez Alfonzo me llamó y me dijo que se había enterado de la situación y que pensaba que yo tenía razón. Betancourt, que era un hombre impetuoso, firme en sus decisiones, pero inteligente y capaz de reflexionar sobre la situación, en aquel momento nos dio la razón.

Fue un hombre de coraje. Cuando el atentado de Los Próceres, desdeñó las comodidades que podía ofrecerle un tratamiento médico en cualquiera de los mejores establecimientos hospitalarios, para irse a Miraflores a dar el frente, a asumir con toda entereza la responsabilidad del gobierno. Es célebre la frase —una de esas frases impactantes que lo caracterizaron a través del ejercicio del gobierno— que frente a la campaña vigorosa de la oposición (“Rómulo, renuncia”) acuñó y que se ha repetido muchas veces: “Ni renuncio, ni me renuncian”.

Estuvo firme en la lucha, manteniendo una situación a veces extraordinariamente delicada. Se le dividió su partido, el

Gobierno perdió la mayoría en la Cámara de Diputados, la oposición con mayoría de votos tomó una actitud aguerrida y agresiva, y se le hizo frente a aquella situación sin vacilar un solo instante. Pienso que realmente su figura, la figura política de Rómulo Betancourt, que indudablemente se pergeña en su actuación como presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno a partir del 19 (porque el 18 estalló el movimiento y el 19 se constituyó la Junta de Gobierno) de octubre de 1945, tomó definitiva consistencia y consagración ante el país a partir del momento en que le correspondió la responsabilidad de ejercer la Presidencia de la República en el muy difícil y muy laborioso quinquenio de 1959 a 1964.

Debo observar aquí también que cuando en medio del confuso ambiente de la provisionalidad, en vista de que no se llegaba a un acuerdo entre los principales partidos políticos para postular a un candidato de unidad a la Presidencia de la República, surgió la tesis del gobierno plural, fue la fuerza política que yo representaba la más firme en rechazar la idea de ese gobierno plural. Sostuvimos a troche y moche, contra toda las presiones que la opinión pública nos hacía desde muchos lugares, que era necesario que hubiera un presidente que asumiera el poder, que pudiera ejercerlo y que tuviera la responsabilidad plena ante el país para que la democracia se fortaleciera. Para mí, era renunciar a la cómoda situación de copresidente por cinco años, sin problemas electorales y con todos los beneficios de eso que Betancourt denominaba “la parafernalia”. Creo que tuvimos razón al rechazarla. Pero así como la tesis del gobierno unipersonal la consideramos una necesidad para el país, tam-

bién nos dimos cuenta de que era para nosotros una fuente mayor de obligación, porque teníamos que darle todo el apoyo, todo el respaldo, toda la colaboración posible, al ciudadano a quien el pueblo de Venezuela escogiera para dirigir el Gobierno en este primer periodo después de la provisionalidad.

### **El 45 y el 59**

Viendo de cerca la figura de Rómulo Betancourt surgen muchos interrogantes. Algunos se plantean una comparación, que yo no auspicio, entre el Rómulo Betancourt del 45 al 48 y el Rómulo Betancourt del 59 al 64. Hay quienes dicen, incluso con cariño, que les gusta más el Betancourt de la Junta Revolucionaria de Gobierno que el Betancourt de la Presidencia de la República en el primer quinquenio constitucional. Yo encuentro una unidad sustancial entre ambos. Entiendo que Betancourt en el periodo de su Presidencia trató de lograr, y en gran parte logró, fundamentalmente los mismos objetivos que lo habían inspirado joven, revolucionario, entusiasta e inexperto, en uso del poder de facto que le dio el movimiento cívico-militar del 18 de Octubre. Democracia, libertad, respeto, progreso social, reforma agraria, nacionalismo petrolero. Una serie de objetivos básicos que fueron recogidos en el programa mínimo que suscribimos los tres candidatos presidenciales el 6 de diciembre de 1958. Porque el Pacto de Puntofijo no fue simplemente una alianza política, ni menos aun —como hay quien pretende afirmarlo— un reparto de posiciones o de cargos burocráticos. El Pacto de Puntofijo fue un compromiso, un acuerdo de honor para establecer y mantener la democracia

en el país, acompañado con un programa mínimo, en el cual estaban los objetivos fundamentales para establecer no solo una democracia política sino una democracia social.

No me cansaré de repetir que el año de 1958, al mismo tiempo que se reconstruían los partidos eliminados por la dictadura, se reconstruyó el movimiento sindical, con fuerza y poder suficientes para intervenir en la decisión de los asuntos fundamentales del país. Y que aun antes de que sancionáramos la Constitución del 23 de enero de 1961, habíamos aprobado la Ley de Reforma Agraria, que con todas las críticas que con buena o mala intención se le pudieran hacer, constituyó un hecho clave para que Venezuela lograra el fortalecimiento de su democracia y para que no estuviéramos padeciendo hoy el terrible azote de la guerrilla campesina que están padeciendo otros países hermanos en América Latina.

Yo considero que en Betancourt las ideas que inicialmente fueron forjándose en él fueron realmente mantenidas a lo largo de su acción política; solo que pasó nueve años en el exilio reflexionando sobre los hechos que habían ocurrido. Cuando salió al exilio, a fines de 1948, para regresar en enero de 1958, su preocupación constante fue estudiar, analizar, investigar, evaluar los factores que habían conducido al desenlace trágico del 24 de noviembre de 1948. Y vino a Venezuela con el firme propósito de corregir lo que hubiera que corregir, de orientar de acuerdo con la realidad social, que no se puede inventar ni deformar, los factores que habían de intervenir para lograr la misma finalidad que esencialmente lo había llevado a la lucha en su tiempo de estudiante.

## El estratega

Una vez me dijo Jóvito Villalba que Betancourt era un hombre de cultura, pero sobre todo un gran estratega. Y yo creo que esa opinión es exacta. Fue un estratega que puso su capacidad de estrategia, de táctica, al servicio de las ideas fundamentales que lo habían llevado a la lucha. Hay una carta en el *Archivo Político* de Betancourt que me causó especial impresión, por aquello de la actitud, de la relación, que el Betancourt revolucionario tuvo con el movimiento comunista latinoamericano y universal. En una carta al doctor Carlos León, retirándose del Partido Revolucionario Venezolano, escrita desde Curazao el 1° de diciembre de 1928, en relación con un editorial que había escrito Salvador de la Plaza en un periódico llamado *Libertad* y en el que se enjuiciaba –en ese editorial– en forma negativa la actitud de los dirigentes estudiantiles del 28 por algunos aspectos, Rómulo Betancourt dice lo siguiente: “Negamos que fuéramos comunistas de la misma manera que hubiéramos negado cualquier otro calificativo que se hubiera dado a un movimiento que fue únicamente, exclusivamente, *antidictatorial*”, y habla después de la “plena convicción de un deber que nos impone ser sinceros a todo trance. Siendo el comunismo –dice– la doctrina de avance en el mundo político y siendo tan humana la «novelería» juvenil, creo que el grupo hubiera procedido, de no mediar la convicción dicha, muy de otra manera, aceptando alborozado la presunta orientación de su gente”. Esto era, pues, a tiempo suficiente como para que se vea que para entonces ya él estaba formando una idea clara frente a esta cuestión, que fue una de las más controversiales

en su vida. Esa actitud de lucha en algunas ocasiones llegó a ser sumamente dura con los dirigentes del movimiento comunista venezolano.

En una ocasión, en Caracas, siendo Presidente Betancourt, se celebró un congreso mundial de la Juventud Demócrata Cristiana. El presidente de la República hizo el gesto de asistir en el Teatro Municipal a la sesión de instalación y de decir allí unas palabras muy llenas de profundo contenido. Después ofreció un agasajo a los jóvenes que asistían al congreso mundial, en la residencia presidencial de Los Núñez. Y en un momento dado, uno de aquellos jóvenes, quizás un tanto irrespetuosamente, movido por la confianza que el Presidente había despertado en el auditorio juvenil, le preguntó: “Señor Presidente, dígame, ¿en verdad Ud. ha sido comunista?”. Y él respondió: “Yo estuve trabajando con los comunistas en Costa Rica, participé con ellos en la acción, estudié mucho el pensamiento marxista-leninista, pero la lectura de Trotsky comenzó a fortalecer en mí el sentimiento nacionalista y llegué a darme cuenta de que ese internacionalismo que la ortodoxia marxista-leninista proclamaba no era compatible con el sentimiento genuino de nacionalidad” (no estoy citando exactamente las palabras pero estoy tratando de reproducir la idea de la mejor manera). En verdad, en Betancourt existió una afirmación muy nacionalista, muy patriótica. Y aun en las diversas circunstancias en las cuales tuvo quizá que modificar su actitud frente a potencias extrañas, siempre trataba de insistir en su deseo de interpretar y de realizar lo que era la genuina preocupación por Venezuela.

## **El 18 de Octubre**

Dentro de la vida de Betancourt hay y habrá siempre muchos hechos propensos para la discusión y para el análisis y será difícil poner de acuerdo a todos los intérpretes para que tengan una sola opinión. Pero en medio de esos hechos hay una serie de circunstancias que me parecen muy elocuentes. Por ejemplo, la responsabilidad del 18 de Octubre. Un acontecimiento que se discute y se seguirá discutiendo a través del tiempo, por las diversas aristas y manifestaciones que este fenómeno presenta. Es evidente que Betancourt, llamado por un grupo de oficiales jóvenes que estaban dispuestos al derrocamiento del Gobierno, trató de impedirlo, hizo esfuerzos visibles para que no ocurriera. El más patente fue el viaje que en unión del doctor Raúl Leoni realizó en un barco de carga, en medio de las circunstancias difíciles de la Guerra Mundial, a Washington, para convencer al doctor Diógenes Escalante de que aceptara la candidatura presidencial que el general Medina le había ofrecido, a través de su hermano Julio, y que se había negado a aceptar. Este viaje fue un intento increíble para tratar de impedir lo que ocurrió después. Sin duda, Betancourt y Leoni hicieron partícipe a Escalante de lo que conocían sobre la situación de la joven oficialidad militar. Esto contribuyó a que Escalante aceptara la candidatura, pero también fue sin duda un factor que psicológicamente aceleró un proceso de descomposición en su salud que vino a dar al traste con la solución que para ese momento se había encontrado. Cuando ocurre el levantamiento, antes seguramente de lo que se había planeado porque habían llegado a los servicios de información militar noticias

del movimiento, Betancourt realiza una acción audaz: pone a los militares que acaban de recibir de las manos del presidente Medina el poder, la condición de que le den mayoría absoluta en la Junta de Gobierno para poder asumir la responsabilidad. Esta integración de la junta, de cuatro miembros de Acción Democrática, un independiente y dos militares, surgió en la misma mañana del 19 de octubre. Y Betancourt se hizo cargo con mucho coraje de las tareas del Gobierno revolucionario y mantuvo una admirable lealtad en el compromiso que Acción Democrática había contraído con Don Rómulo Gallegos en la campaña de 1941.

Me contó Betancourt –y algunas otras personas también conocieron por sus labios esta versión– que un día el comandante Delgado Chalbaud, miembro de la Junta Militar, le planteó lo siguiente: “Presidente, Don Rómulo Gallegos es una personalidad eminente pero no es un político, no va a poder manejar el Gobierno, nos van a derrocar y vamos a pagar las consecuencias de todo lo que haya ocurrido a partir del 18 de Octubre. Yo le propongo a usted que derogemos el decreto que prohíbe a los miembros de la junta ser candidatos a la Presidencia. Usted se va en un viaje al exterior, deja encargado como presidente de la junta a Mario Vargas, que le ofrece más confianza que la que le puedo ofrecer yo, y en su ausencia nosotros dictamos un decreto por el cual derogamos aquella disposición que precipitadamente promulgamos cuando obtuvimos el poder”. Betancourt me contó que le había respondido: “Lo entiendo. Quiero mucho a Gallegos, pero sé que realmente no es de su temperamento el manejo de la situación política; pero el par-

tido está comprometido, el país está comprometido, yo estoy comprometido con él y la candidatura de Gallegos es un hecho irreversible, irrevocable”. Este, a mi entender, es uno de los elementos que ayudan para calibrar su figura humana. Cumplió, a sabiendas de lo que podría ocurrir después, a sabiendas de que la situación del país no era para ofrecer favorables auspicios a un gobierno como el que podía realizar un ilustre maestro, un intelectual pero que era al mismo tiempo un hombre que sentía despego por el poder público, como Don Rómulo Gallegos.

### **Los motivos fundamentales**

Había entre los motivos fundamentales de su vida unos cuantos muy presentes, como la lucha petrolera. No hay que negar que él fue en cierto modo un pionero, un precursor. Cuando se habló del *fifty-fifty*, es decir, de que al país le entrara el 50% de las ganancias de las compañías, ello parecía un objetivo extremadamente revolucionario. Sintió una gran satisfacción por la constitución de la Opep, si bien el discurso que pronunció en la ratificación del Acuerdo de Bagdad fue cauteloso, porque la situación indudablemente no era la más favorable para la lucha que se iba a emprender. En los primeros diez años de la Opep ni siquiera se pudo alcanzar el objetivo, no de aumentar los precios del petróleo sino de impedir que siguieran bajando; pero lo importante fue la creación de una entidad que en determinado momento en el mundo llegó a ser punto de mira, de estudio y de análisis desde todos los ángulos y por todas las personalidades vinculadas al tema, en los países desarrollados y no desarrollados. La creación de la Corporación Venezolana de

Petróleo estuvo dentro de esta misma dirección. Puedo afirmar por ello que el presidente de Venezuela del periodo 59-64 fue en este camino un confirmador claro del presidente de la Junta Revolucionaria de 1945 a 1948.

En materia religiosa fue interesante también su posición. El presidente Betancourt, el revolucionario Betancourt, el jefe de Estado Betancourt tuvieron siempre una actitud de respeto por el hecho religioso. Se ha conocido la circunstancia de que en 1936, cuando ocurrió la ruptura del movimiento estudiantil entre la FEV y la UNE por una motivación religiosa, Betancourt expresó una opinión contraria a que se llevara la posición de izquierda a este terreno, planteando cuestiones que iban a conducir falsamente al enfrentamiento.

Más adelante, cuando fue presidente de la Junta de Gobierno, según lo manifestó muchas veces, se vio llevado sin darse exacta cuenta al proceso del Decreto 321, que se interpretó como una medida dirigida a la eliminación o al debilitamiento de la educación privada y especialmente de la educación privada religiosa. Él mismo solía decir que cuando estaba más agitada la bandera del sectarismo antirreligioso, sus compañeritos de Barlovento, que estaban entre los más fanáticos adherentes de su partido y lo visitaban en Miraflores para expresarle sus aspiraciones, en primer término le pedían la reparación de la Iglesia, la construcción de una capilla, es decir, elementos de la vivencia religiosa profundamente metida en el pueblo.

Y cuando como presidente de la República se superó una cuestión que el Gobierno planteó en relación con la escogencia del nuevo arzobispo de Caracas, se empeñó en conquistarse

la amistad y el afecto del arzobispo que fue después el primer cardenal de Venezuela, y llegó en este sentido a crearse una relación de amistad y me atrevería a calificar también de afecto, que contribuyó para que se celebrara el acuerdo que puso fin al patronato, conforme a lo previsto en el programa mínimo de Puntofijo, según lo recordó Copei al Presidente en el último año de su mandato.

Dentro de la reflexión intensa que debió mantener en Puerto Rico y en los otros lugares de su exilio durante los años de la dictadura militar, una de las cosas que seguramente lo impresionaron más fue la necesidad de ponerle coto al odio entre venezolanos. Cecilio Acosta, una de las mentes más lúcidas que ha producido nuestro país y que vivió en una perspectiva suficiente para analizar todo el drama de nuestra historia política, afirmaba que no era cuestión de raza ni imperativo geográfico, como algunos pretendían, lo que explicaba la dolorosa situación que Venezuela había atravesado; que lo que había envenenado nuestra situación era el odio político. Yo creo que Betancourt esta idea la meditó profundamente, tratárase o no de que Cecilio Acosta –por lo demás, paisano suyo, porque era también mirandino, de la región de los Altos– lo hubiera señalado así. Es admirable observar cómo, al volver al Gobierno, se empeñó en sepultar rencores, se empeñó en tender puentes de entendimiento, y mucha gente que en años anteriores había adoptado contra él posiciones radicales fue reconocida y atendida con nobleza en el tiempo de su presidencia. El Rómulo Betancourt presidente de la República tuvo frente al expresidente López Contreras una noble actitud de respetuosa consideración que

sepultaba totalmente los recuerdos del duro enfrentamiento, y he nombrado al presidente López Contreras porque era el más distinguido, pero muchos venezolanos podrían mencionarse que, después de haber combatido duramente a aquel luchador en las décadas precedentes, encontraron un ambiente de respeto y consideración por parte del nuevo gobernante de Venezuela.

Esto lo hizo, pienso yo, por su preocupación por el país, por la democracia venezolana, por la necesidad que sentía de que se pudieran realmente orientar con claridad los movimientos, los sentimientos, la acción del país, hacia horizontes de libertad y de justicia.

### **América Latina**

Tuvo además un sentimiento, diría yo, muy integracionista. Hubo tentativas en el gobierno provisorio del 45 al 48 hacia un acercamiento grancolombiano, que en definitiva no dio el resultado que se esperaba. Pero él estaba permanentemente presente en la lucha, en el combate, en el terreno latinoamericano. Yo diría que el módulo central de esta lucha se ve en su enemistad, en su conflicto permanente con el presidente Rafael Leónidas Trujillo Molina, dictador de la República Dominicana. Cuando los esposos Kennedy estuvieron en Caracas, en la cena que el presidente Betancourt les ofreció, me correspondió estar al lado de la señora Kennedy, que a su vez estaba sentada al lado del presidente Betancourt. Y aunque él conocía bien el inglés, lo leía fácilmente y podía entenderse en inglés, tenía un cierto prurito de no hablarlo porque no fuera su expresión como él quisiera y hasta acudía a una de esas frases graciosas

de su vocabulario, traduciendo en un inglés muy personal de él la expresión popular de que “loro viejo no aprende a hablar”, y decía con un acento golpeado: “*Old parrot does not learn to speak*”. (Otra expresión que le sirvió de mucho en la lucha política fue aquel “*We will come back*”, que no era exactamente la que usó el general McArthur, pero que le sirvió como instrumento a este estratega que indudablemente sabía lo que quería y a dónde iba.) En aquella cena, cuando la señora Kennedy le ve las manos quemadas; hace un gesto de horror y conmisericordia y pregunta qué fue eso. Betancourt me pide: “Dile, Rafael, explícale, que esto fue obra de «Chapita», pero que él está bajo tierra”. Allí aparecía en todo su dramatismo la lucha que, al mismo tiempo que en Venezuela, se llevaba a cabo para que se estableciera la libertad en la República Dominicana.

### **La corrupción**

Además de todas estas características y otras muchas, Betancourt tenía una obsesión de lucha contra la corrupción. Eso lo llevó hasta a cometer errores políticos como los juicios por peculado del trienio 45-48 que, aunque movidos por una justificada preocupación, por un deseo de escarmentar, condujeron a una serie de medidas, planteamientos e injusticias que indudablemente no contribuyeron ni al fortalecimiento de la situación establecida ni a la corrección de aquellos males. Por eso, en la Presidencia, Betancourt insistió en que era preferible limitarse a los más clara y directamente responsables. En que se dictara una disposición transitoria en la Constitución señalando solamente a los más envueltos en la responsabilidad del

régimen anterior, y vio con buenos ojos la idea de que se diera el recurso a la Corte Suprema de Justicia para que pudieran revisarse los procedimientos. Pero, desde luego, lo mortificaba terriblemente el pensar que su lucha, que no era solamente por la libertad, por la reforma agraria, por la justicia social, por el nacionalismo petrolero, por la integración latinoamericana, fuera a ser carcomida por el morbo terrible de la corrupción. Lo preocupó mucho en todo instante esta situación. Cuando ya parecía que estaban resueltas favorablemente las cosas y enrumbado definitivamente el país, cayeron sobre su espíritu profundas mortificaciones.

Debo decir que cuando sumamos nuestros esfuerzos para la construcción del Estado democrático en Venezuela, puso una gran confianza en la tarea que nos correspondió. La posición de Rómulo Betancourt ante la redacción de la nueva Constitución, que se promulgó dos años después de instalado su gobierno, fue un acto de confianza, podría decir, especialmente hacia Raúl Leoni, Gonzalo Barrios y Rafael Caldera. Estaba conforme con todo lo que en medio de este proceso fuéramos acordando para conformar una Carta que él temía pudiera llegar a ser demasiado ilusoria, demasiado teórica y que tuviera dificultades para su realización (tanto, que fue él mismo el empeñado —quizás sin plena necesidad pero las circunstancias lo explican a cabalidad— en suspender las garantías el mismo día en que entró en vigencia el texto constitucional). Él sentía una visible satisfacción al ver cómo se iba venciendo el cúmulo de problemas que se presentaban, y hasta llegó a decir, al terminar su quinquenio, en una forma en que hasta cierto punto podía

tener razón, como Acción Democrática tuvo su candidato presidencial, que fue el doctor Leoni, y ganó las elecciones, y Copei tuvo su candidato, que fui yo, que quedé en segundo lugar, que sumando los votos de Leoni y los míos, “el Gobierno” había ganado por absoluta mayoría. Claro está que mi posición era una posición difícil, porque yo no era candidato del Gobierno pero tampoco era candidato de la oposición; me tocaba hacer campaña defendiendo un gobierno que tenía su candidato a quien yo estaba combatiendo. En medio de esta realmente difícil situación, sin embargo el país tuvo comprensión del fenómeno y me dio un aumento de 50% en nuestra votación, una votación mayor que a distinguidos venezolanos que estaban en abierta y tenaz oposición, como eran el doctor Arturo Uslar Pietri, el doctor Jívito Villalba y el vicealmirante Wolfgang Larrazábal. Betancourt decía, pues, que al fin y al cabo los votos de Leoni (novecientos cincuenta y tantos mil) y los votos de Caldera (cerca de seiscientos mil) daban una mayoría al Gobierno, y esto lo hacía por ese lado estar tranquilo. La verdad es que los ministros copeyanos, en plena campaña electoral siguieron en sus cargos y lo acompañaron hasta el último día en que fue a entregar la banda presidencial en el Congreso de la República.

### **Las nuevas generaciones y la historia**

Toda esta lucha es bueno que los jóvenes la conozcan, la analicen, la valoren. Es peligroso que las nuevas generaciones asuman el rol que les corresponde y que les impone la historia sin conocer suficientemente la historia misma, sin darse cuenta de las raíces, sin recordar algo que no me cansaré de repetir: que en

ciento quince años, desde 1830 hasta 1945, no llegamos a tener ocho años de gobierno civil, sumando a Vargas, a Narvarte, a Tovar, a Gual, a Rojas Paúl y Andueza, porque el general-presidente parecía una necesidad inevitable en el país, de acuerdo con la tesis del *gendarme necesario*; que hay raíces profundas que no desaparecen totalmente sino a través del tiempo, y hay peligros que es necesario enfrentar, y que la única manera de vencer cualquier peligro en que nos encontremos es mantener aquella idea de que lo que interesa a Venezuela y al sistema democrático tiene que prevalecer sobre los intereses y las aspiraciones de los distintos grupos, de las distintas corrientes, de los distintos partidos.

Betancourt tuvo la suerte de entregarle el Gobierno a un compañero de su partido. Él había obtenido alrededor del 50% en las elecciones del 58, y el doctor Leoni obtuvo más o menos el 30% en las elecciones del 63; pero, en medio de su preocupación, sentía que había logrado el objetivo fundamental de su vida, el objetivo de su generación, y lo inquietaba la preocupación, que indudablemente lo acosaba, de si las generaciones de relevo estarían a la altura de la tarea que la realidad nacional, las exigencias del desarrollo y la problemática del país demandarían.

### **Murió triste**

Debo decir aquí, porque así lo siento, que estoy convencido de que Betancourt murió triste. No fueron solo algunas expresiones que no pudo callarse, “sobre las verrugas que afean el rostro de la democracia”, sobre la necesidad de mantener los

principios morales de la administración pública, sobre el temor de que las facilidades que la Providencia y una acción tenaz le han dado a Venezuela en los últimos años, pudieran relajar los resortes morales, llevarnos hacia el consumismo, hacia la ociosidad, hacia la corrupción. Betancourt, que era muy reservado para exponer sus preocupaciones en esta materia, alguna vez dejaba entender a sus más allegados que lo mortificaba la situación de Venezuela. Quizás en algún momento llegó a pasar por su mente la dramática posibilidad de que pudiera morir en el exilio. Sentía que las bases se estaban carcomiendo, sentía que la labor realizada se podía dañar y perder, sentía que las propias instituciones que habíamos contribuido a formar como indispensable sostén de la democracia, los partidos, perdieran la noción de ser instrumentos de servicio al país para convertirse en comanditas de lucro y de beneficio personal. Le horrorizaba el que la voluntad y el espíritu del pueblo, que son el fundamento de las instituciones, cayeran en el escepticismo y pudieran un día cualquiera volver de nuevo al precipicio adonde muchas desilusiones y muchas traiciones lo llevaron en la dramática historia de la República de Venezuela.

En mi sentir, el ciclo que se abrió después de una larga experiencia, el ciclo que cubre la vida del estudiante del 28 y del revolucionario del 30 al 35 y del luchador político hasta el 45, del jefe de Estado provisional del 45 al 48, y del exilado de diciembre del 48 a enero del 58, culmina definitivamente en ese periodo, en ese primer periodo de la historia democrática de Venezuela que fue desde 1958 con la provisionalidad y desde 1959 con el gobierno constitucional, hasta 1964. Representó

un indudable avance, una base muy firme, pero que era necesario fortalecer, enriquecer, consolidar.

La historia de Venezuela ha sido muchas veces la historia de episodios que comienzan entre retóricas elocuentes y terminan en dolorosas frustraciones. Augusto Mijares hablaba del mito de Sísifo, condenado por los dioses a levantar su carga y a verla caer cuando ya va a llegar a la cima, para tener que comenzar nuevamente desde abajo.

Estoy convencido de que quienes tuvieron acceso a Betancourt en sus últimos años deben haber sentido en sus palabras y en sus gestos una especie de mensaje: esto, que tanto nos cuesta, ¡hay que fortalecerlo! ¡Hay que salvarlo! ¡No se puede jugar a la intriga, a la maniobra hasta límites peligrosos! ¡Esto no se puede dejar que sucumba ante las tentaciones que la riqueza fácil ha derrochado sobre Venezuela!

Esta cátedra, que debe analizar a fondo la realidad venezolana de nuestro tiempo, ayudaría mucho a ese objetivo estudiando a fondo los últimos años de vida de Rómulo Betancourt, de 1964 a 1981. Debo decir, en cuanto a mí concierne, que no me cabe duda de que su palabra contribuyó a que se reconociera y se aceptara el triunfo electoral que me llevó a la Presidencia de la República en las elecciones de 1968. Debo decir más: en los momentos en que veía venir un enfrentamiento que no iba a tener solución por las circunstancias de que el Gobierno no tenía un respaldo mayoritario en el Congreso, en más de una ocasión le envié un emisario personal. Llamaba a Andrés Aguilar, que era su amigo y había sido su ministro de Justicia, a Nueva York, y lo enviaba a Berna, para que le explicara la

situación que estábamos viviendo, para que lo pusiera al tanto de los peligros que enfrentábamos. Y esa gestión jamás fracasó. Siempre hizo lo posible por lograr que, por encima de la lucha partidaria, hubiera la visión de esta institucionalidad que es de todos, que a todos nos corresponde y que todos estamos en el deber de preservar.

Pienso que la figura de Rómulo Betancourt, más que un mito, es la de un gran conductor humano, es la de un gran venezolano. Con todos sus errores, su imagen es la de un mensajero de los ideales de libertad, de justicia, de progreso, de honestidad, que inspiraron a lo largo de todos los tiempos y en las peores circunstancias a las mentes más esclarecidas y a las personalidades más ilustres de Venezuela. No está cerrado el ciclo, pero el país y Betancourt desde su tumba nos reclaman devolverle la fe a nuestro pueblo y recuperar su confianza. En esta tarea, estoy seguro, servirá de mucho el análisis de la parábola vital de Rómulo Betancourt.

## RAÚL LEONI<sup>4</sup>

### *El camino recto de las instituciones*

Con el más profundo sentimiento cumplo el doloroso deber de despedir, en nombre de todos los venezolanos, los restos mortales del expresidente de la República doctor Raúl Leoni. Este sentimiento se identifica hoy con el de su valiente esposa y de sus hijos, de sus familiares y amigos, de sus compañeros de lucha y de gobierno y de todos aquellos que, sin haber compartido su ideología o las posiciones que con entereza defendió, le rinden tributo y lo han proclamado como un venezolano eminente, lleno de mérito por el ejemplo de su vida pública y privada.

De los cuarenta y cuatro años transcurridos entre la Semana del Estudiante de 1928 y el día de su fallecimiento, cerca de la mitad los pasó en el exilio. Esa prueba, soportada en diversas alternativas, no melló su ánimo; antes, por el contrario, lo

---

4 Las honras fúnebres tributadas en julio de 1973 al expresidente de la República doctor Raúl Leoni constituyeron un testimonio de reconocimiento y afecto a aquel luchador cívico que, en la Semana del Estudiante de 1928, encabezó la lucha estudiantil contra la tiranía; que como presidente del Senado a partir del 19 de enero de 1959 tomó parte muy principal en la reestructuración de las instituciones democráticas y en la redacción de la Carta Fundamental y que, como presidente de la República, se esforzó en transmitir una imagen de comprensión y mantuvo constante preocupación por los problemas nacionales. Este discurso fue pronunciado por el autor al despedir los restos mortales del presidente Leoni desde el Salón Elíptico.

fortaleció en el propósito, en forma tal que puede considerarse como una consecuencia natural de su existencia el que culminara su carrera política en la Presidencia de la República.

Fue el presidente de la Federación de Estudiantes de las jornadas memorables del 28, y de allí se lanzó a una acción revolucionaria que lo aventó fuera de Venezuela. Vuelto al país en el momento en que tocó definir rumbos y fijar programa a su generación –la célebre “Generación del 28”, aureolada por el nimbo de la rebeldía estudiantil–, participó en la fundación de movimientos políticos que después llegarían a la formación de partidos y asesoró a pioneros en la incipiente organización de sindicatos. Abocado a un nuevo exilio, más corto y colmado de enseñanzas, regresó con el título de abogado, obtenido en Colombia. Fundador del Partido Acción Democrática, que alcanzó más tarde a presidir, esa militancia representó para él la concreción de sus ideales y la identificación de sus luchas.

Los acontecimientos de octubre de 1945 lo llevaron a compartir el ejercicio supremo del poder como miembro de la Junta Revolucionaria de Gobierno y a desempeñar por tres años la cartera de Trabajo, que en sus manos se inició en forma autónoma, separada del despacho de Comunicaciones. De nuevo en el exilio, durante él, contrajo matrimonio y formó su familia, cuya unidad se cimentó con la intimidad de vida del proscrito y la nostalgia de la Patria.

Reintegrado al país en 1958, jugará un papel de primera línea en la reestructuración de la República. De 1959 a 1961, en la Presidencia del Congreso. De 1964 a 1969, en la Presidencia Constitucional de la República. Y le toca ser el primer

gobernante venezolano en entregar el mando pacíficamente a un sucesor electo por el pueblo, desde las filas de la oposición, en elecciones populares ganadas en noble combate democrático.

Mis relaciones de amistad e intercambio con el expresidente Leoni arrancan verdaderamente de 1958. Al descorrerse entonces un pesado velo ante los ojos de quienes, desde diversos ángulos, coincidíamos en buscar caminos para afianzar las bases de una patria libre, hubimos de darnos cuenta de que había mucho de común en el sentimiento democrático, en la ambición patriótica y en la voluntad de servicio, en hombres que en momentos de dura controversia parecían separados por abismos; abismos que la dura experiencia había salvado y que la visión clara y objetiva de la realidad venezolana relegaba a un plano secundario.

Juntos compartimos Raúl Leoni y yo muchas jornadas a partir de aquel 19 de enero de 1959 en que se instalaron las cámaras legislativas electas por sufragio libre del pueblo y que tuvimos la honra de dirigir, él como presidente del Senado y yo como presidente de la Cámara de Diputados. Mientras se realizaban largas sesiones conjuntas, hubo amplias posibilidades de dialogar.

En más de una oportunidad, el tema de nuestra conversación era el relato de sus primeras experiencias como dirigente estudiantil, con su boina azul sobre la testa en que ya comenzaba a apuntar su connotada calva, bien coronando en el Teatro Municipal a la lírica reina Beatriz, o escogiendo como oradores para los actos culminantes de la semana célebre a dos com-

pañeros de estudios que habrían de descollar más tarde como tribunos y conductores políticos.

Parecían interminables las jornadas parlamentarias. A veces, sin embargo, tenían más duración nuestras reuniones como representantes de las fuerzas políticas comprometidas en la instalación y defensa del sistema democrático para canalizar y resolver los problemas pendientes. Pero los mejores afanes de aquellos tres años en los cuales ejercimos las presidencias de las cámaras fueron los dedicados, con optimismo indesmayable, a la preparación, discusión y sanción de la nueva Carta Fundamental que entró en vigencia el 23 de enero de 1961.

Nos tocó presidir conjuntamente la comisión bicameral que elaboró el proyecto; nos tocó hacer grandes esfuerzos para armonizar la teoría democrática, impregnada de sentido social y expresada en previsiones que servirían de base a mayores cambios de estructura, con lo que reclamaba el sentimiento popular y lo que por otra parte señalaba, en términos de rudeza inexorable, la lección de una reciente historia. El texto de la Constitución se fue elaborando en medio de frecuentes conmociones, cuyo eco llegaba hasta las mismas puertas del Congreso o hasta las ventanas de la vieja universidad, donde la Academia de Ciencias Políticas y Sociales nos dio hospitalidad para reunir nuestra comisión. Nos tocó conjugar opiniones disímiles para obtener un margen de consenso como difícilmente lo ha tenido otro ordenamiento constitucional en Venezuela. Hubimos de buscar la luz de especialistas, versados a través del estudio y ejercitados a través de la docencia en las intrincadas cuestiones del Derecho Político y de solicitar la revisión del

texto por maestros y especialistas en el dominio del idioma, para que el lenguaje de la Constitución fuera preciso, sobrio y correcto, ajustado al pensamiento y a los propósitos de sus redactores.

Terminada la obra, nuestras firmas fueron las dos primeras que se estamparon en el texto. No creo que él hubiera podido pensar, en aquel instante solemne, en que habría de tocarle hacerme entrega de la Presidencia de la República al terminar el período constitucional para el cual ya muchos le consideraban abocado; por mi parte, ni siquiera el más leve presentimiento me habría sugerido que me iba a corresponder el doloroso encargo de presidir sus exequias.

Con motivo del sentido fallecimiento del doctor Leoni, me he puesto a revisar las palabras que él mismo pronunció, en este propio sitio, ya como expresidente, en el solemne acto de las honras fúnebres al expresidente Gallegos, y he encontrado un párrafo que considero lleno de vigencia en la luctuosa ceremonia que en este momento realizamos: “Aquí estamos hoy –dijo– ante sus restos, viviendo una vida cívica como él la quiso, como él la deseó, como él la enseñó, aunque aún no sea perfecta y no lo será quizás en mucho tiempo o nunca, pero el camino recto de las instituciones es el que estamos transitando hoy y seguiremos firmemente por él. Su cuerpo bajará a la tumba rodeado de un pueblo libre que sabe ejercer sus derechos, que no se abstiene, que no duda y que no vacila para reclamarlos”.

Estas palabras cobran renovado sentido en el momento actual, en que venezolanos de todos los sectores, de todas las maneras de pensar, ubicados en las más variadas posiciones de

lucha, se reúnen en torno a su cadáver para testimoniarle su admiración y su respeto. Ojalá que este ejemplo sirva de lección perdurable a las generaciones jóvenes, ante las que debemos siempre demostrar la consideración que se debe a los hombres aun cuando se hallen ubicados en posiciones diferentes, y mantener la vinculación solidaria que impone el deber de servir a la Patria con amor a la justicia, en la libertad y con humana dignidad. También nosotros, como él lo hiciera ante don Rómulo Gallegos, podemos sintetizar en esas frases el saludo final que debemos a las cenizas del expresidente Raúl Leoni: “Aquí estamos hoy, ante sus restos, viviendo una vida cívica como él la quiso, como él la deseó, como él la enseñó, aunque aún no sea perfecta y no lo será quizás en mucho tiempo o nunca; pero el camino recto de las instituciones es el que estamos transitando hoy y seguiremos firmemente por él”.

## ARTURO USLAR PIETRI<sup>5</sup>

El Individuo de Número que viene hoy a incorporarse a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales trae como bagaje una obra intelectual de señalado mérito. Ampliamente conocido en el mundo de las letras, comenzó por el cultivo del cuento (*Barrabás y otros relatos*, 1928; *Red*, 1936; *Treinta hombres y sus sombras*, 1949) y ha demostrado singular maestría en los más variados géneros literarios. Desde la novela de raigambre histórica y contenido social, en dos apasionantes libros que con pinceladas maestras reviven el más sangriento de nuestros episodios nacionales (*Las lanzas coloradas*, 1931) y el más cruel de los conquistadores (*El camino de El Dorado*, 1947), hasta el ensayo, esa manifestación predominante de nuestra producción nacional, en la cual el doctor Uslar Pietri ha hecho resaltar la sagacidad de su inteligencia y la elegante forma de su estilo (*De una a otra Venezuela*, 1949; *Las nubes*, 1952). Libros de viajes (*Las visiones del camino*, 1945; *Tierra venezolana*, 1953; *El otoño en Europa*, 1954), artículos de prensa en diarios y revistas, conferencias, charlas de divulgación cultural a través de la te-

---

5 Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Incorporación del doctor Arturo Uslar Pietri. Contestación del doctor Rafael Caldera, Individuo de Número de la Academia. Caracas, 1955.

levisión, han salido de la pluma o de la palabra de Uslar Pietri para acreditar sus singulares dotes de expresión, pues los temas y lugares por donde ha debido discurrir han parecido renovarse con las galas de su vestido literario, y esta característica propia del escritor, al aquilatarse cada día, ha recibido merecidos galardones, como el Premio “Arístides Rojas”, otorgado a su novela *El camino de El Dorado*, y el Premio Nacional de Literatura, que le fue discernido en 1954.

De sus actividades intelectuales, dos parecen haber atraído su atención preferente o, por lo menos, a ellas ha aplicado el rigor sistemático de la enseñanza universitaria, a saber: la historia y crítica de la literatura, y la economía venezolana. A la primera corresponde su actuación como profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Columbia (Nueva York, 1947-1950) y de Literatura Venezolana en la Universidad Central de Venezuela, y su producción de valiosos libros, como *Letras y hombres de Venezuela* (1948), *Breve historia de la novela hispanoamericana* (1955) y la selección *Lecturas para jóvenes venezolanos* (1954), así como de numerosos artículos; y motivó que se le encomendara la introducción a los *Temas de crítica literaria* de Andrés Bello en la edición de sus *Obras completas* que actualmente se hace. A la segunda corresponde el primer ensayo de su idoneidad docente, como profesor de Economía Política en la Universidad Central (1937-1941) y un pequeño pero valioso libro bautizado con el nombre demasiado modesto de *Sumario de economía venezolana, para alivio de estudiantes* (1945).

La enunciación precedente demuestra que sobran credenciales a nuestro recipiendario para ser admitido en el seno de

esta corporación. Si su dominio del lenguaje como instrumento de expresión artística ha motivado su elección para la Academia Venezolana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, sus amplios conocimientos y su obra divulgativa en materia económica justifican con creces su incorporación a la Academia de Ciencias Políticas y Sociales. Su labor en la Cátedra de Economía, de la que ha quedado buen recuerdo; su obra impresa, repartida en gran parte en artículos y trabajos diversos, así como en importantes documentos oficiales, prometen a esta academia aun más rica producción en un ramo cuya importancia es cada vez mayor. A ella le obliga doblemente su nueva condición de académico de Ciencias Políticas y Sociales, si no le obligara de antemano su intensa vida pública, la destacada figuración que ha tenido y el desempeño de posiciones sobresalientes, de lo que no es necesario hablar por ser sobradamente conocido y por constituir motivo de polémica a que no ha sido ajeno quien os habla.

No era yo, quizás, el más llamado para contestar en nombre de este instituto su discurso de incorporación. Otros distinguidos colegas tenían más credenciales que yo, y lo habrían hecho con mayor lucimiento. Pero al disponer el Cuerpo hacerme la encomienda, la he aceptado con gusto; abone mis palabras la sinceridad de este elogio y la cordialidad de espíritu con que, en nombre de todos mis colegas de academia, expreso la mejor bienvenida a quien sin duda constituye uno de los valores más representativos de las generaciones venezolanas que han actuado después de 1935.

Viene a sentarse el doctor Uslar Pietri en el sillón que desde hace años dejó vacante aquel ilustre maestro universitario y

notable internacionalista que fue el doctor Francisco Arroyo Parejo. Al recibirse, evoca aquella figura singular que en los claustros de esta vieja casa universitaria constituía una como personificación de la disciplina que explicaba. Porque el doctor Arroyo Parejo era para nosotros una especie de persona irreal, elegante en su porte, intachable en sus maneras señoriales, lo mismo que aquellas normas ideales que enseñaba, llamadas a establecer la justicia entre las naciones de la tierra y a realizar el sueño de la igualdad de los Estados. Nunca supimos sus alumnos cuántos años tenía, porque la tradición oral nos revelaba que las canas ornaban su cabeza desde la más temprana juventud, y unas generaciones sucedían a las otras sin verle doblegarse bajo el peso de los años. La raya vertical de su silueta no se quebraba con su paso; lo impecable de su traje, rigurosamente aplanchado, jamás mostraba la fragilidad de una arruga o la malicia de una mancha. Pero era, al mismo tiempo, humano y blando. Su aparente severidad perdía rigor en el trance aterrador de los exámenes. Enseñaba un Derecho Internacional limpio, claro, geométrico; y el ensueño de un concierto universal de pueblos, donde la paz reinara con la fría serenidad del mármol era la norma de su vida, en la universidad lo mismo que en la Cancillería o en la academia.

Era, pues, expresión de una vida quieta, armoniosa y suave. Distinta, por cierto, de la realidad que las transformaciones sociales han impuesto ahora a los hombres. La vida bulle y cambia con vertiginosa rapidez. Así lo demuestra la mutación surgida en Venezuela al desarrollarse la economía petrolera.

Ese cambio profundo es el tema escogido para su recep-

ción por el doctor Uslar Pietri y no podía ser más sugestivo. El petróleo ha transformado la vida nacional. Hay una honda diferencia entre la antigua Venezuela, con economía preponderantemente agropecuaria, no invadida todavía por la técnica y cuya ciudad capital apenas alcanzaba el centenar de miles de habitantes, y la Venezuela que al impulso de la economía petrolera se mueve con inquietud de torbellino, con sus masas de obreros cada vez más calificados y sus ciudades asomadas de improviso a los complejos problemas del urbanismo.

Uslar Pietri nos ha pintado en su discurso, con sobrios e impresionantes trazos, los aspectos principales de aquella transformación. Con profundo dominio de un tema que en diferentes oportunidades ha tratado, su discurso de incorporación viene a constituir una madura síntesis expositiva de lo que el petróleo ha significado para Venezuela. Dos características sobresalientes he creído encontrar en la pieza que acabamos de oírle: la elegancia atrayente de su estilo y la objetividad con que ha tratado el tema. Por otra parte, el recipiendario maneja las cifras con fina amenidad, muy semejante a la que caracteriza a los autores franceses, en cuyos textos literarios y científicos ha bebido un mucho de su densa cultura. Los temas económicos, de suyo áridos para los no iniciados, toman al ser tratados por su pluma un atractivo acento humano, y el uso discreto de las estadísticas, lejos de hacerse agobiante, sirve como de rasgo destinado a hacer más neto el motivo del cuadro.

Por supuesto, es razonable que la naturaleza del asunto y las preferencias del autor den tratamiento de favor a los aspectos económicos de la revolución —que no hay otro término apro-

piado para designar este cambio— ocurrida en Venezuela ante el empuje del petróleo. La radical modificación en el ingreso nacional, en el presupuesto, en la circulación monetaria, en el régimen de producción y consumo, en el poder adquisitivo de nuestra población, en nuestro régimen de pagos al extranjero, en nuestro mercado de divisas, en los índices de salarios, va haciéndose patente a través de la exposición del beneficiario. Pero como los factores económicos se entrelazan con los otros fenómenos sociales; como no hay mutación en las relaciones de producción o cambio que no influya sobre la capacidad de consumo y aun sobre los fenómenos aparentemente más distantes, como los que al orden de la cultura se refieren, preciso es reconocer que las transformaciones sucedidas en este país desde que el petróleo ocupó el primer renglón de nuestra economía productora rebasan su terreno propio, modifican la estructura social y provocan circunstancias que es preciso conocer y dominar para poner a salvo, en medio del cambio social, las características fundamentales de nuestra manera de ser.

El doctor Uslar Pietri, aun desde el campo puramente económico, llega sin poder evitarlo al terreno de las repercusiones sociales. Así sucede, por ejemplo, cuando desarrolla su tema favorito de “las dos Venezuelas coexistentes”, la que vive del petróleo al ritmo de la moderna civilización y la que todavía no ha salido del pasado, encerrada en los campos o confinada a los cerros que circundan la metrópoli; cuando describe nuestro “capitalismo de Estado” y señala el fenómeno de la “suma de poder extraordinario reunida en el Ejecutivo Nacional”; o cuando indica cómo la riqueza petrolera le da al Estado ve-

nezolano, principal centralizador y “gran dispensador” de esa riqueza, “una fisonomía peculiar, que cada vez se aparta más de las concepciones doctrinarias que han encontrado expresión en nuestras constituciones” y sugiere “el curso previsible de su historia”. Así ocurre, también, cuando el beneficiario se asoma a la transformación que la economía petrolera provoca en la vida de nuestra cultura. Pero el cambio social venezolano debido al petróleo puede observarse en un plano todavía más profundo: porque la riqueza proveniente de la explotación intensiva de nuestros yacimientos ha motivado cambios radicales en nuestra conducta social. El doctor Uslar lo apunta, al decir que “el carácter nacional, en muchos de sus rasgos recibidos, está en un proceso de activa metamorfosis”. De donde surge esta cuestión, propicia para suscitar las más apasionantes investigaciones sobre nuestra psicología colectiva: ¿hasta dónde ha cambiado la manera de ser de nuestro pueblo, al pasar de su tradicional habitualidad de pueblo agropecuario a convertirse en el afortunado participante de una gran riqueza minera?

Don José Oviedo y Baños, el primero de nuestros historiadores, señalaba como circunstancia feliz el agotamiento de los veneros principales de nuestras minas de oro, que hizo a los venezolanos dedicarse a las labores de la agricultura. El argumento lo recogía y ampliaba Bello en su *Resumen*, colocándolo “entre las circunstancias más favorables que contribuyeron a dar al sistema político de Venezuela una consistencia durable”. Querámoslo o no, esa circunstancia ha cambiado. Los agotados yacimientos auríferos —que solo resultaron en Guayana— han reaparecido bajo especie líquida y oscura. El oro negro que

a fines del siglo pasado comenzaron a explotar en las tierras del Táchira pioneros venezolanos sin capital ni técnica, sale a raudales de la entraña de nuestra tierra, extraído por empresas cuyo adelanto las coloca entre las más avanzadas del mundo.

No es tiempo ni ocasión para lamentarnos del hecho. Hay razones para felicitarnos. Carreteras, tractores, materiales de construcción, automóviles, alimentos y bienes de consumo acuden a nuestro país, adquiridos con divisas de origen petrolero. El presupuesto se hincha y permite un amplio desarrollo de los servicios públicos. Hospitales, escuelas, edificios variados pueden surgir de la mano providente del Estado. Grandes campañas de saneamiento pueden emprenderse, con aumento inmediato del crecimiento vegetativo de la población. El sempiterno afán viajero de los venezolanos encuentra estrecho los caminos del Mundo. Es rara la línea de aviación que no traslade compatriotas nuestros a países remotos; e innúmeros conciudadanos están llevando a sus hijos —a veces sin suficientes precauciones— a educarse en otras civilizaciones. Todo ello nos hace más cosmopolitas, abiertos a todas las influencias, dispuestos a todos los esfuerzos, inclinados a las más variadas experiencias. Manejamos los productos técnicos del industrialismo extranjero como si fueran hechos por nosotros, y recibimos los modismos de otros pueblos como si estuvieran dispuestos para injertarse en nuestro folklore.

Pero hemos de tratar que no se diga de nosotros lo que de Francisco Fajardo dijera el mismo *Resumen* de Andrés Bello: que “el hallazgo de una veta de oro fue más bien el origen de sus desgracias que la recompensa de sus trabajos”. Para lo cual

es necesario percatarnos de que una riqueza de la magnitud de nuestro petróleo, al lado de grandes bienes, es susceptible de producir inmensos males y que uno de los más graves puede ser el desquiciamiento de nuestra idiosincrasia nacional.

Toda colectividad surgida alrededor de una mina se acostumbra a vivir del azar. Menosprecia el esfuerzo constante y pone a un lado la modesta virtud del ahorro, que ha hecho la grandeza de muchas naciones. El hábito de la ganancia fácil hace perder la noción económica del gasto; el uso de lo superfluo va más allá de los límites prudentes que lo frenan en una sociedad bien ordenada; se llega a admitir como necesidad el deseo de exhibir jactanciosamente una riqueza revestida de formas engañosas; y la vida económica adquiere resonancias de mito, que si en grado menor bastaría para atraer al inmigrante honesto, en medida mayor amenaza convertirse en señuelo para aventureros de variada calaña.

La misma fuerza de la moneda, que suscita admiración y envidia, crea problemas para atormentar las mejores cabezas. Nos da riqueza y bienestar, pero nos empuja a vivir de lo que otros producen, encarece nuestros renglones productivos propios, hace difícil el desarrollo de la industria y de la agricultura y nos expone a la atracción de múltiples especulaciones.

Estos síntomas acompañan inevitablemente el auge petrolero e imprimen en las costumbres modificaciones que no sé hasta dónde los sectores responsables nos preocupamos por impedir o, al menos, por paliar o, en última instancia, por canalizar. Parece a veces como si rivalizáramos en el propósito de acentuar el espejismo. El ansia de ganar dinero rápidamente atropella los

valores sociales de jerarquía superior. El afán del juego toma proporciones de tal magnitud, que se convierte en actividad obligada hasta de las personas circunspectas; en una palabra, el hábito de ganar y perder introduce una norma de vivir al día y de gastar lo que se pueda, reñida con toda idea de previsión.

En medida mayor o menor, los pensadores venezolanos de estos tiempos se han dado cuenta de la paradoja creada por el petróleo. Al lado de la euforia jacarandosa ha estado siempre una inquietud: la de obviar los males que trae consigo esta riqueza inesperada, sin sacrificar sus beneficios. El alegre dispendio de la riqueza petrolera engendra un sentimiento de angustia, reflejado, mejor que en cualquier otra expresión, en la frase que el doctor Uslar Pietri ha reivindicado en otros importantes trabajos y en este preciso discurso: *sembrar el petróleo*.

La consigna de *sembrar el petróleo* implica la transitoriedad de una riqueza que se nos escapa de las manos y está llamada a desaparecer. Como lo expuso el propio Uslar Pietri al disertar ante una conferencia sobre relaciones humanas promovida por la Creole Petroleum Corporation: “Sembrar el petróleo significa utilizar la riqueza que Venezuela deriva de la industria petrolera en fomentar otras fuentes de producción, es decir, no comernos el dinero petrolero, no gastarlo alegremente en bienes de consumo, sino invertir una parte substancial de esa renta, de ese ingreso, forzosamente transitorio y aleatorio, en fomentar la agricultura, la industria y cualquiera otra forma de actividad que pudiera ser remunerativa para el país”.

Pero la realidad exige más. No basta el objetivo –de por sí hermoso– de obtener para el país un beneficio duradero de una

industria que se mira correr fuera de nuestro alcance. No es posible considerar la economía petrolera como distinta y superpuesta de la genuina economía nacional, así sea para reclamar que a esta se atribuya una parte del producto de aquella. Hay que integrar de lleno la economía petrolera en la economía venezolana. La realidad nos enseña que esta riqueza, hoy por hoy, a pesar de los problemas de la competencia y de las conjeturas, atómicas, está llamada a durar unos cuantos años más. Hemos de verla más de cerca como cosa nuestra. Hemos de hacerla más venezolana. Por ello, la experiencia está diciendo que *sembrar el petróleo* es parte de un objetivo más amplio, obligado aunque ambicioso: es necesario *dominar el petróleo*. Tenemos que abandonar el concepto del petróleo como una realidad que escapa a nuestras manos, para ganar la idea del petróleo como un elemento subordinado a nuestra realidad nacional. Ello ha de llevarnos a un entendimiento cada vez más fecundo con la iniciativa privada, nacional y extranjera, y a la colaboración cada vez mayor de nuestro capital humano en la explotación de esa riqueza nacional.

La industria petrolera es por muchos títulos nuestra primera industria, aunque no lo sea desde el punto de vista del empleo, ya que el número de personas que ocupa excede apenas de los cuarenta mil. Además, es centro de otras industrias. Aparte la actividad extractiva, surge una industria de refinación que para 1954 se acerca a los 26 millones de metros cúbicos de petróleo y alcanza el 23,4% de la producción. Una industria de transporte, que debería ser factor para desarrollar una gran flota mercante nacional; una industria de aprovechamiento del

gas natural; una fuente de producción de energía eléctrica, y una serie de actividades nuevas, como puede serlo la industria petroquímica, encuentran en ella la base de su establecimiento.

Todos estos son signos optimistas, de los beneficios que deben esperarse de la integración definitiva del petróleo en la economía nacional. Uslar Pietri señala con mano maestra las principales etapas anteriores mediante las cuales ha ido aumentando Venezuela su participación en el producto de la industria. Debería añadirse el papel que en la venezolanización del petróleo tocó a la Ley del Trabajo de 1936. Papel decisivo, pues si no tuvo carácter fiscal, sus disposiciones elevaron el rango de los trabajadores y su participación en el rendimiento petrolero; impusieron a las empresas el deber de construir campamentos, hospitales, escuelas y otros establecimientos, de los que están con razón orgullosas; abrieron sus carreteras al tránsito; llevaron a los trabajadores de los contratistas los beneficios de los dependientes de las compañías. Establecieron, sobre todo, el porcentaje de trabajadores venezolanos, tanto manuales como no manuales, con lo que abrieron el camino para que músculos y cerebros venezolanos participaran en grado primordial en una industria venezolana, que hombres tan eminentes como el malogrado estadista Alberto Adriani llegaron a dudar si convenía fuera operada con nativos.

Mucho hemos aprendido en estas décadas, y una de nuestras más importantes adquisiciones es la conciencia de meditar y discutir los problemas de nuestro petróleo. Ya nadie infama como enemigo del país a quien leal y honestamente sirva los intereses de una compañía petrolera, pero tampoco se considera

demagógica la posición de quienes aspiramos para Venezuela, sin lesionar derechos adquiridos, una injerencia cada vez mayor en su principal riqueza. Hubo un tiempo en que se juzgó exagerada la aspiración del *fifty-fifty*, es decir, repartir el producto por partes iguales entre el país, dueño de la materia extraída, y las empresas que con su capital y técnica realizan la extracción. Hoy, según cifras aparecidas en documentos oficiales, nuestra participación es mayor: en el decenio 1943-1953 correspondió a la nación un 56% contra un 44% para las compañías. No resulta, pues, descabellado, aun en el aspecto meramente fiscal, aspirar a un mejoramiento progresivo, y la mentalidad de la moderna industria norteamericana, que en nuestra economía petrolera tiene tanta importancia, se ha familiarizado con la idea de repartir con los trabajadores y con la colectividad la plusvalía obtenida por la empresa, pues la experiencia le ha mostrado que ello no le impide, si hay una dirección inteligente, obtener para los accionistas mejores dividendos y para los directores remuneraciones más altas.

La experiencia venezolana del petróleo es rica en enseñanzas. Ella desmiente aquellas plañideras profecías según las cuales el establecimiento de leyes avanzadas en favor de los trabajadores implicaría la ruina de la industria. Ella ha probado que la prosperidad del negocio es también compatible con la aspiración venezolana de obtener una participación más justa. Y otra enseñanza, de importancia no menor, es la interdependencia que la vida moderna establece entre las diversas naciones.

Cierto que Venezuela, por la afluencia de divisas petroleras, se ha colocado en peligrosa actitud de dependencia, como lo

revelan las estadísticas recogidas por el doctor Uslar Pietri. Pero también es cierto que los pueblos mayores y más poderosos dependen de otros pueblos como el nuestro para asegurar su subsistencia. El petróleo venezolano constituye material esencial para la economía del mundo, lo mismo en la paz que en la guerra. Justo es, por tanto, que Venezuela aspire a una participación más efectiva en la política mundial del petróleo.

Por otra parte, ha de abrirse paso un concepto de justicia social según el cual, si el petróleo venezolano es especialmente indispensable en horas de emergencia, debe mantenerse en tiempo de normalidad el consumo en límites adecuados para evitar cualquier colapso.

Además, la experiencia de nuestro petróleo ha contribuido a destacar una noción trascendental en la humanización de la economía: la de que para asegurar el bienestar y evitar perturbaciones cíclicas, antes que restringir la producción hay que aumentar la capacidad de consumo de los más, que son precisamente los que menos tienen. Se ha observado que si los ciento cincuenta millones de iberoamericanos tuviéramos la misma capacidad de consumo que los ciento sesenta millones de estadounidenses, la industria del gran país del norte apenas se daría abasto durante muchos años para satisfacer la demanda. El caso venezolano demuestra que el aumento en nuestra capacidad de consumo ha coadyuvado para satisfacer la necesidad de expansión de mercado de los productores norteamericanos.

Lecciones, con todo, no más importantes que otras dos: la de que —sin caer en determinismos monistas— debe reconocerse la tremenda repercusión del cambio económico en toda la vida

social, con cuyos fenómenos se entrelaza inevitablemente, y la de que la economía de un pueblo es un todo complejo, cuyas mejoras parciales pueden provocar graves dificultades si no alcanzan, en plazo razonable, a las demás actividades interrelacionadas.

El petróleo ha sido en Venezuela factor de insospechadas transformaciones. Pero, al mismo tiempo, ha habido que hacer frente al desajuste con las otras actividades económicas. La riqueza petrolera ha creado, sin quererlo, serios obstáculos al desarrollo de la agricultura y de la industria, por el aumento del costo de la vida y el encarecimiento de la moneda. Solo cuando logremos *dominar el petróleo* y hallar una armonía fecunda con las otras formas productoras, podremos decir que hemos obtenido para el porvenir nacional el provecho que estamos obligados a obtener.

Estas reflexiones sugiere el importante trabajo con que el doctor Uslar Pietri se incorpora hoy a esta academia. Muchas más podrían ocurrir al solo correr del pensamiento y de la observación de la vida nacional, pero sería abusar de vuestra paciencia engolfarnos en ellas. En ninguna parte mejor que en el meduloso discurso del recipiendario podría encontrar el observador perspicaz mayores motivos para meditar sobre el tema.

Felicitemos, pues, a la academia por aumentar sustancialmente su acervo de valores intelectuales, con la incorporación del nuevo académico. Y al reiterar al doctor Uslar Pietri la bienvenida más cordial de sus compañeros de corporación, estimulemosle a seguirse ocupando en estos temas fundamentales, de amplia proyección sobre la vida de Venezuela.



*Ante los restos de*

**JÓVITO VILLALBA<sup>6</sup>**

Con la muerte de Jovito Villalba baja a la tumba un brillante conductor de la Generación del 28. Su discurso en el Panteón Nacional en la Semana del Estudiante fue para las generaciones que vendríamos después una especie de clarinada simbólica del deber que nos tocaría cumplir. La dignidad con que soportó grillos en las cárceles de la tiranía se constituyó en una especie de signo legendario del padecimiento de la juventud rebelde en una Venezuela arcaica que agonizaba, y su liderazgo el 14 de febrero de 1936 representaba la confirmación de que el viejo tiempo que se iba no volvería, y en caso de volver, jamás podría prevalecer.

Fue, en verdad, su nacimiento a la vida política aureolado por el romanticismo de las boinas azules, de los cantos a la Reina del Estudiante, Beatriz I, con acento de juegos florales, y por la audacia de gritar cuando al país entero ni siquiera se le permitía murmurar. No olvidaré jamás la impresión que, sien-

---

<sup>6</sup> Nacido en Pampatar el 23 de marzo de 1908, Jovito Villalba falleció en Caracas el 8 de julio de 1989. Sus restos reposan en el cementerio de su pueblo natal.

do un niño de doce años y viniendo de regreso con mi padre que en actividad profesional había ido a cumplir deberes de abogado en el Táchira, y con mi madre cuyo corazón estaba siempre inquieto, me causó ver al pueblo de Valencia echado a las calles para saludar alborozado a las mesnadas universitarias, que venían en camiones, luciendo sus boinas, después de su primera reclusión en el Castillo de Puerto Cabello.

La Generación del 28, al decir de uno de sus más distinguidos supervivientes, el doctor Isaac J. Pardo, tuvo dentro de su pluralidad ideológica y quizás de sus indeterminaciones doctrinarias, dos objetivos fundamentales: el de que en Venezuela se pudiera vivir en libertad y el de que se borrara de la faz del país la lacra de la corrupción. Esos objetivos comprometieron para siempre la vida combatiente de un grupo importante de venezolanos, entre los cuales dos, el presidente de la Federación de Estudiantes de entonces, Raúl Leoni, y el compañero de curso y de las primeras aventuras políticas de Jóvito Villalba, Rómulo Betancourt, llegaron a la Presidencia de la República de Venezuela por el voto universal, directo y secreto del pueblo.

Jóvito Villalba era un ser de inteligencia lúcida, un líder de innegable carisma, un orador de brillo excepcional. Su vida quedó comprometida con el destino en los días memorables del año 28; su huella se marcó a través del proceso, a veces duro y áspero, que de largo parecía interminable, y que condujo definitivamente a demostrar, desde el 23 de enero de 1958, que el pueblo venezolano sí era apto para ser libre, para gobernarse a sí mismo y para marchar sin sufrir a sus espaldas la bota del gendarme ni la peinilla deprimente de los agentes de la barbarie.

Nos enfrentamos a veces con rudeza, pero no por intereses sino por ideas. A lo largo del combate se fue formando una humana y cordial amistad. Nos tocó cerrar filas juntos en defensa de los principios democráticos en el proceso que culminó cuando se le hizo objeto del brutal despojo de la resonante victoria que obtuvo en la elección de la Asamblea Constituyente el 30 de noviembre de 1952. Compartimos después, con Rómulo Betancourt, con brillantes compañeros de uno y otro, y con los esforzados luchadores que me acompañaron en la aventura de fundar un partido demócrata cristiano y conducirlo a través del túnel de la dictadura, la satisfacción de abrir camino a la recuperación de la libertad y demás derechos humanos, para darle a Venezuela el régimen político que por derecho de nacimiento y por credenciales históricas le corresponde. El sol del 23 de Enero lo vimos brillar en el cénit, en pleno invierno nórdico, en la modesta casa que Jóvito ocupaba en Nueva York, con Ismenia y sus hijos, donde se hizo una foto que recorrió el mundo y anunció lo que después sería aquel Pacto de Puntofijo que tanto ha dado y da de qué hablar.

No resisto el deseo de recordar lo que escribió en 1958 Gabriel García Márquez, entonces reportero accidental de una revista caraqueña, en relatos que recogió después en su libro *Cuando era feliz e indocumentado*: “Jóvito Villalba, Rafael Caldera, Rómulo Betancourt y Gustavo Machado no pertenecen estrictamente a la misma generación... Pero, desde un punto de vista histórico, Machado con sus 60 años, Caldera con sus 42, Villalba con su calvicie y Betancourt con su nieto acabado de nacer, hacen parte de una misma generación, la generación

de los perseguidos. Por primera vez desde cuando empezaron a ser políticos, desde cuando empezaron a ser prácticamente perseguidos profesionales, los cuatro han sido recibidos con una manifestación pública y han podido pasar directamente del exilio a la tribuna. Hay que tener fe en que este fue su último exilio. El pueblo venezolano expulsó del poder a una camarilla de advenedizos para que pudieran regresar cuatro hombres que, de una manera u otra, de acuerdo o en desacuerdo, han estado siempre juntos en la historia de estos últimos treinta años, pero que por primera vez ahora constituyen una camarilla. La camarilla democrática y popular empeñada en devolver a Venezuela su fisonomía institucional”. Y lo que rubricó, comentando el abrazo del 23 de enero en Nueva York: “Ahora están reincorporados de nuevo a su patria, a sus partidos, a sus hogares, unidos en un mismo ideal. De esa unidad depende la consolidación de la democracia en Venezuela. Esta vez, después de tantas azarosas experiencias, el retorno de los cuatro líderes venezolanos puede ser definitivo”.

Y lo fue. Definitivo fue el proceso de recuperación de la libertad que, como un espejismo engañoso, había reaparecido algunas veces en la oscuridad dramática de nuestra historia republicana, para extinguirse con la rapidez de un cometa cuya vuelta había que esperar largamente, para verlo reaparecer. Definitiva fue la consolidación de las instituciones a través de una Carta Fundamental que es ya la de mayor duración en Venezuela, y una de cuyas firmas, de las ilustres firmas que la enaltecen, fue la de Jóvito Villalba. Definitivo el ejercicio del sufragio popular, que no poco se debe al pacto del 31 de oc-

tubre de 1958, del que fue uno de sus garantes. Definitivo el establecimiento de partidos populares, en cuya afirmación le correspondió, en más de una ocasión, un rol verdaderamente estelar.

Su desaparición es, para todos los venezolanos que lo conocimos y admiramos, un acontecimiento luctuoso. Todos sus compatriotas compartimos el profundo pesar que embarga a su viuda y heredera política, Ismenia, a sus hijos y a sus compañeros del Partido Unión Republicana Democrática; sentimos solidariamente el dolor de sus paisanos margariteños.

Jóvito Villalba será reconocido siempre como uno de los grandes luchadores democráticos de la Venezuela moderna. Conocedores de su irrenunciable sensibilidad margariteña, lo encomendamos a la Virgen del Valle, para que ella, bondadosamente, lo lleve de su mano por las rutas insondables de la Eternidad.



## PEDRO DEL CORRAL<sup>7</sup>

### *Un venezolano ejemplar*

Tiene muchos motivos el doctor Pedro Del Corral, venezolano fervoroso y acendrado cristiano, para dar gracias a la Providencia al celebrar sus ochenta años de existencia. Son ochenta años vividos en el bien, en la fe y en el servicio a su familia y a su pueblo.

Nació en Chaguaramas, en plena sabana guariqueña, el 27 de abril en 1895. Aquella fecha tenía muchos recuerdos para Venezuela. Se cumplían cinco lustros del día en que el doctor y General Antonio Guzmán Blanco entraba peleando en Caracas, con las banderas del liberalismo y la Federación, recuperando el poder perdido por los federales el 68 con el viejo José Tadeo Monagas e implantando un poder personal que, surgido

---

7 Entre las figuras que han ocupado papel relevante en la política venezolana de este siglo, un puesto singular le corresponde al eximio médico, investigador científico y noble ciudadano que ha sido Don Pedro Del Corral. Presidente del Partido Social Cristiano Copei desde su fundación, en los tiempos difíciles de 1946, su palabra y su conducta han sido impecable y constante ejemplo y llamado vibrante a la honestidad, a la honradez y al sacrificio por el pueblo. Unido estrechamente por los lazos de una amistad cada vez más íntima y penetrado de una profunda admiración por su figura, el autor le rindió el homenaje que se expresa en las siguientes páginas, en la oportunidad de cumplir sus ochenta años. Sin exageración, podemos afirmar que el doctor Del Corral constituye, por más de una razón, una figura de relevancia, extraordinaria, no solo para la democracia cristiana venezolana, sino para la democracia cristiana mundial y para la política latinoamericana, de cualquier signo y característica.

del mismo caos de las revueltas intestinas, trató de darle un barniz de relativa modernidad al aparato del Estado.

Casi veinte años había durado el papel hegemónico del Ilustre Americano. El 27 de abril fue celebrado durante mucho tiempo como una efemérides nacional. Pero justamente en esa misma fecha, en el decimonoveno aniversario de la Revolución de Abril, se iniciaron los acontecimientos que dieron fin a la era guzmancista. Fueron los sucesos del 27 de abril de 1899 los que sirvieron de fundamento a la renuncia que desde París presentó el hasta hace poco caudillo omnipotente, del cargo que ejercía como Enviado Extraordinario, Ministro Plenipotenciario y Agente Fiscal de la República ante las Cortes Europeas.

Cuando nació Pedro Del Corral, ya el guzmancismo había pasado al juicio de la historia y se encontraba gobernando otro gran caudillo liberal, Joaquín Crespo, cuya fama provenía de su arrojo y prestancia personal, nacido también en la sabana guariqueña y formado en los Llanos, que fueron teatro de su acción y escenario imprevisto de su muerte.

Este Pedro Del Corral, llanero siempre por la sencillez de su trato y por la amplitud sin repliegues de su espíritu, entrañablemente guariqueño, transido de fe venezolana, se forjó en dura brega con la realidad nacional; luchó, aprendió, dirigió y siempre abrigó la convicción de que un nuevo destino habría de iluminar la vida de Venezuela.

Participó, muchacho aún, en las jornadas de lucha que el estudiantado universitario libraba para sacudir el espíritu alestargado de la patria. Joven profesional, no estuvo exento de la controversia violenta que caracterizó nuestro siglo XIX y se pro-

yectó hasta bastante entrado el siglo XX. Una confianza que solo pudimos arrancar a través del diálogo de intimidad en las interminables y azarosas jornadas de la acción política, nos reveló que él también, hombre de noble espíritu y acendrada cultura, supo de las furias desatadas que compitieron con el paludismo en el empeño de arrancar vidas a la población interiorana y guarda calladamente en su cuerpo la herida de una bala, de esas tantas que se dispararon en quién sabe cuántas estériles refriegas que se sucedieron en el llano antes de que lograra proyectarse la nueva imagen de la patria con un mensaje civilizador.

De sus compañeros de generación; de las promociones médicas que lo conocieron en el laboratorio; de los amigos que lo vieron ejercer en la apartada y solitaria provincia; de los pacientes que acudieron a él en el Hospital Vargas, en la Clínica Córdoba o en la Clínica Maracay; de los colegas que compartieron sus esfuerzos de superación en el Instituto Tropical de Hamburgo, en los hospitales de París o de Viena, en los cursos donde se enseñaban las técnicas que Italia comenzaba a oponer victoriosamente al flagelo del paludismo, hemos escuchado exultantes referencias sobre sus grandes méritos científicos. Abundan lenguas para elogiar su inteligencia, su devoción al estudio, su voluntad empeñosa de servir.

Puesto a escoger una especialidad en su carrera no pudo sustraerse a la atracción de la malariología. Estaba presente en su ánimo el testimonio del llano, destruido por las fiebres palúdicas, la vocación del servidor social, buscando el mejor modo de ser útil a su pueblo. Y no deja de ser extraña circunstancia la de que al fundar su hogar, modelo de afecto, de rectitud y de

toda clase de virtudes, escogiera la hija amada del ilustre músico que, nacido en La Guaira, formado en Caracas y ganado sentimentalmente por las cumbres montañosas de la cordillera ecuatorial, se significó especialmente como autor del famoso joropo *Alma llanera*, insuperable expresión de las sabanas, mencionado con frecuencia como nuestro segundo himno nacional. El llano apadrinó de esta manera, por vías inescrutables del destino, a la familia que fundó con su insigne y honorable compañera Doña Laura Gutiérrez Alfaro.

Amante de la buena música, dotado de amplia cultura, viajero infatigable en el afán de conocer mejor, no solo su propia tierra, sino las naciones hermanas de América Latina y de ultramar, Pedro Del Corral ha sabido mantener incommovibles las creencias robustas de su primera formación: impregnadas con el sentido de bondad y permanente disposición a la entrega por el prójimo que caracterizó a su maestro, aquel humilde y manso sacerdote y después esclarecido obispo que en vida se llamó Sixto Sosa.

Sin haber sido durante medio siglo ni un político activo, ni un teórico de la política; sin haberse entregado previamente a la elaboración de tesis doctrinarias, su pensamiento, su corazón, su amor a la patria, su arraigada obsesión por la justicia y su deseo de contribuir sin reservas a la construcción de una Venezuela mejor, lo hicieron decidirse, quemando las naves, a la más noble empresa de su vida: la fundación y conducción del Partido Social Cristiano Copei.

Cincuenta años tenía Pedro Del Corral cuando se fundó el Comité de Organización Política Electoral Independiente

(Copei), que, rápidamente, por la fuerza misma de los acontecimientos históricos, vendría a convertirse en el partido demócrata cristiano de Venezuela. Él no fue reclutado para que militara en el partido, ni nadie tuvo que tomarse la tarea de convencerlo para formar filas en el movimiento. Él no llegó a las primeras reuniones en actitud de curioso, a ver qué era lo que se cocinaba en el diálogo fecundo que debía poner en marcha el partido. Del Corral fue verdaderamente de los primeros en encender la mecha de la fe partidista, de los más activos en buscar adeptos, de los más persuasivos para convencer a otros de que había llegado el momento definitivo de estructurar, con segura respuesta popular, la organización política que se había venido gestando a través del esfuerzo de un grupo de jóvenes, con quienes se sentía identificado desde tiempo atrás, a pesar de la distancia generacional y cuyos pasos venía siguiendo con afectuoso celo a través del decenio, a veces convulso y a veces estático, pero innegablemente renovador, transcurrido desde diciembre de 1935 hasta octubre de 1945.

Cuando fui designado Procurador General de la Nación, a raíz de los acontecimientos del 18 de Octubre, el doctor Del Corral vino a verme, no porque yo le pidiera su valiosa ayuda, sino porque creyó de su deber impulsarme a dar el paso que a su modo de ver no tenía espera. Él fue uno de los que tuvieron desde el primer momento la visión clara de que la fundación del partido no era una descabellada aventura, sino la respuesta al anhelo de vastos sectores nacionales y la fórmula con mejor derecho y opción para representar y guiar a nuestro pueblo.

Cuando aceptó la unánime elección que en él fue hecha, para presidente nacional, sabía muy bien que no era tanto el honor que se le confería como la responsabilidad que se echaba sobre sus hombros: una carga que, si algún día debía producir satisfacciones, iba a estar llena de penalidades y preocupaciones, amarguras y sufrimientos. Recibió el encargo con altiva dignidad ciudadana, y las canas que ya precozmente imponían mayor respetabilidad a su semblante fueron, desde el 13 de enero de 1946 y ya por casi treinta años, el mejor ejemplo, la más noble presea, el símbolo más puro de la idealidad socialcristiana.

Desde que asumió la presidencia del partido, su profesión —la medicina, que había ejercido con tanto sentido social— pasó a segundo plano ante la preeminencia de un deber mayor. Su familia, objeto de un amor entrañable, tuvo que someterse a sus ausencias en las campañas del partido, a la angustia de las persecuciones, a la amargura del vejamen, a los rigores de la cárcel.

La mayoría de sus compañeros éramos menores que él veinte o más años. Él era, a nuestro lado, como el representante más esclarecido de una generación a la que no le permitió la Providencia dar todo cuanto tenía de sí en la recuperación de la República. Largos y asoleados caminos, tierra calcinada en interminables polvaredas, ríos fuera de cauce que era necesario atravesar, no constituyeron nunca obstáculo infranqueable para que él ejercitara su acción efectiva en la fundación u organización de seccionales del partido. Él compartió íntegramente las pedreas y atropellos con que se trató de silenciar nuestra voz, cuando convocábamos al pueblo a escucharnos. Él supo también del insulto soez, de la calumnia miserable y de la ter-

giversación interesada que pretendieron deformar nuestra fisonomía a los ojos del pueblo. En interminables etapas en las que a veces nos era escaso el tiempo hasta para probar un bocado; en variados escarceos en infinitas intrigas o en momentos de serio peligro, él levantó su voz como un verdadero abogado de la justicia y del derecho. Dignificó con sus huesos los lúgubres calabozos de la prisión del cerro del Obispo y alentó con su erguida postura el ánimo de quienes compartieron con él las celdas y atropellos pero también las esperanzas que esos abusos no lograban destruir, en la célebre Seguridad Nacional.

En el seno de Copei, durante estos treinta años, Pedro Del Corral ha sido una figura inmaculada. Su palabra ha resonado para indicar sin esguince el más recto camino. Su bondad solo ha sido sacudida por la ira cuando ha necesitado pronunciar como el Maestro en el libro sagrado, el apóstrofe contra la incorrección o contra cualquier impropiedad. Su mensaje ha sido siempre de unidad, para conjurar como el apóstol en su *Primera carta a los Corintios* a tener “todos un mismo sentir”, y para conminar como él, en términos equivalentes: “No haya entre vosotros disensiones; antes bien, viváis bien unidos en un mismo pensar y en un mismo sentir”. Ha amado a los jóvenes con señalada deferencia; pero, por lo mismo, no les ha adulado para ganar su simpatía, sino que les ha recordado con la palabra y el ejemplo el más exigente y recio deber.

Llega a los ochenta años con un envidiable vigor físico y con una extraordinaria lucidez mental. Y así como durante los años del Gobierno no quiso para él ninguna posición, ni durante los treinta años de ejercicio de la presidencia del partido

ha aceptado ninguna recompensa, tampoco en esta circunstancia ha querido admitir el que se le hagan todos los homenajes que merece, aun cuando se le ha expresado que esos homenajes, más que para rendirle tributo a quien ya tiene ganada una altura tan grande que no se le puede hacer mayor, son para acicate y estímulo a las actuales y futuras generaciones.

Sabemos que a él le basta con dar gracias a Dios, por haberle dado una noble vida, por haberle proporcionado una hermosa familia y por haberle permitido ocupar una posición de primera línea en la creación de una nueva Venezuela. Esto le satisface y colma su única ambición: la de estar en paz con su conciencia. Pero destacar su figura, señalar ese molde para la fragua en que se están plasmando los venezolanos del mañana, no solo es un deber de gratitud, no solo es un imperativo de estrecha amistad, no solo es un deber de justicia: es, más todavía, un acto de pedagogía cívica. Es una viva lección para las juventudes de América Latina la transferencia de su obra –perennizada ya en los hechos– al acervo moral de la Nación y de todas las naciones hermanas, pues hoy se necesita más que nunca robustecer la fe en los valores del espíritu y verificar en carne y hueso la diáfana presencia de las normas éticas en la vida de hombres y de pueblos.

## LORENZO FERNÁNDEZ<sup>8</sup>

Bien difícil es para mí delinear en solo tres cuartillas la personalidad y la obra de Lorenzo Fernández. ¡Tanto tendría que decir sobre él! ¡Son tan variados los aspectos de su persona humana, de su actividad política, de su vida familiar, de su conducta privada, acerca de los cuales habría que insistir!

Lorenzo y yo fuimos hermanos. Una hermandad iniciada en la Unión Nacional Estudiantil y fiel hasta la muerte. Si alguien hizo carne de realidad la afirmación que pronuncié en la velada del primer aniversario de la UNE (“UNE es un compromiso para toda la vida”) fue, precisamente, él. Anduvimos juntos por el camino de la acción, juntos enfrentamos los peligros, festejamos juntos la victoria, asumimos juntos la responsabilidad de dar cumplimiento a nuestras promesas y propósitos y saboreamos juntos también el duro pan de la derrota.

Nació el 8 de enero de 1918. Era casi dos años menor que yo. Al fundarse la Unión Nacional Estudiantil, desgajada a su pesar de la Federación de Estudiantes, yo acababa de cumplir 20 años y él tenía apenas 18. Egresado yo del San Ignacio, alumno él de La Salle, no hubo la más ligera sombra o di-

---

8 Caracas, 8 de enero de 1918 - 4 de octubre de 1982.

ferencia entre nosotros. Ni él ni los demás discípulos de los hermanos cristianos tuvieron un asomo siquiera de rivalidad o discrepancia con quienes habíamos sido discípulos de los jesuitas, que en ese entonces estaban en el tapete de la controversia política, quizás por reflejo de la tensión político-religiosa que irradiaba de la República Española.

Nos unió inicialmente el deber de defender los fueros de la educación privada. Fortaleció nuestra unión el deseo ferviente de servir a la patria. La fábula de una supuesta contraposición entre lasallistas e ignacianos la inventaron después los novelistas de algunos medios de comunicación social: en el triunvirato que dirigía la UNE y que denominábamos núcleo directivo, participamos estudiantes de los colegios de jesuitas, de hermanos cristianos y de padres salesianos, sin que faltaran de otros colegios, religiosos o laicos, entre ellos el instituto público de mayor jerarquía en el país, a saber, el Liceo Andrés Bello.

Lorenzo sobresalió por su inteligencia, por su entereza, por su adhesión al ideal. Tenía un fino sentido político pero nunca lo hizo sacrificar los principios. En la universidad fue estudiante sobresaliente, ayudante de cátedra y delegado estudiantil. En la UNE fue miembro del triunvirato, vale decir, del núcleo directivo nacional. Fue asiduo colaborador del semanario. Participó en los diversos intentos de organización política que precedieron a Copei (Acción Electoral, Movimiento de Acción Nacionalista, Acción Nacional). Militando en Acción Electoral fue electo popularmente concejal por la parroquia La Vega. Su recta actitud en la Municipalidad de Caracas hizo imposible nuestro entendimiento con la fracción gubernamental en el momento

de elegir diputados: se nos puso en la disyuntiva de sustituirlo por otro candidato, más agradable a los despachos oficiales, o correr el riesgo de perder la elección si nos manteníamos irreductibles. Entendimos la cuestión no solamente como de decoro, sino de supervivencia: no podíamos colocarnos en posición de apéndice sumiso de la voluntad oficial. En las elecciones para diputados de enero de 1945, en el seno del concejo, pactamos con AD. Perdimos: los dos principales candidatos derrotados fueron Rómulo Betancourt y Lorenzo Fernández.

En las elecciones directas de 1946, por voto universal, salí representante por el Distrito Federal a la Asamblea Nacional Constituyente y en 1947 repetí como diputado al Congreso. Compartimos día tras día la agobiadora lucha parlamentaria, como también la de la calle para fundar y fortalecer el partido. Fundó varias seccionales regionales. Él fue, por cierto, el encargado de dar los pasos necesarios con las bases de Unión Federal Republicana en Mérida para que aquel grupo regional se convirtiera definitivamente en Copei. Y lo hizo en forma decisiva.

El 23 de enero de 1958 estaba preso. Se había comprometido con el movimiento que dentro del campo militar representó Hugo Trejo; mi prisión le había dado el aliento final para decidirse a participar en la acción insurreccional. Después de la liberación, jugó un papel importante en el acontecer agitado de ese tiempo. Miembro del Consejo Supremo Electoral, desempeñó allí una notable labor. Fue uno de los redactores del Pacto de Puntofijo.

Al constituirse el gobierno de coalición, el presidente Betancourt me dijo: “Deseo que vaya Lorenzo al gabinete. Sé que

no será incondicional, pero su opinión y su labor tendrán gran utilidad para el Gobierno”. Como ministro de Fomento (1959-1962) fue el promotor decidido de la industrialización. Como ministro de Relaciones Interiores (1969-1972) en el gobierno que yo presidí, fue el artífice de la pacificación. Industrialización y pacificación bastarían para consagrar su nombre como un ejecutivo excepcional.

En el Gobierno como en la oposición dio ejemplo de honestidad, de sinceridad, de eficiencia. Tuvo una destacada actuación en el Senado. En la actividad privada, al frente de una empresa familiar que partiendo de la nada habían creado su cuñado y su hermana, se reveló como excelente administrador y supo dar un extraordinario rendimiento. Como padre de familia era ejemplar. Su austeridad no lo llevaba, sin embargo, a una severidad regañona ni a una seriedad adusta: sabía usar del buen humor constantemente. Tenía una sensibilidad especial para tratar a los demás.

Creyente convencido, su religiosidad constituyó rasgo definitorio de su vida. Defensor de su credo y de la Iglesia, tuvo entre sus mayores satisfacciones la de haber participado activamente en la solución del secular diferendo entre la autoridad civil y la eclesiástica. Su muerte fue como aquellas que relata el Antiguo Testamento, de patriarcas que se preparaban para el viaje final rodeados de sus descendientes, a quienes daban el precioso regalo de su consejo y de su ejemplo. Sobrellevó en su última enfermedad grandes sufrimientos sin quejarse; la Providencia le permitió tener esa oportunidad para fortalecer su fe, mientras soportaba los embates de una enfermedad implacable.

Lorenzo Fernández fue un hombre cabal. Todo un hombre. Un gran hombre. Un venezolano integral. Un servidor público de primera línea, dentro y fuera del poder. Un ejemplo prístino de lo que deber ser un político, no para ambicionar y medrar, sino para servir al pueblo orientado por un hermoso ideal.



## NECTARIO ANDRADE LABARCA<sup>9</sup>

“Todo el Zulia, Venezuela y el mundo exterior conocen muy bien la vida dilatada y positiva del doctor Nectario Andrade Labarca, quien a través de su gestión pública y de su actividad privada ha podido llegar a posiciones de una meritísima honorabilidad a fuerza de su capacidad, de su talento y de su proverbial honestidad”.

Con estas palabras presentó a nuestro homenajeado de hoy el rector de la Universidad Rafael Urdaneta, doctor Eloy Párraga Villamarín, ante el auditorio más distinguido de tan ilustre institución para una reciente conferencia. Y es que, sin duda, el reconocimiento a la figura extraordinaria de Nectario Andrade Labarca desborda toda delimitación en las corrientes de la vida política o social y tiene su rango más alto en el ambiente académico, como el que hoy nos congrega.

Cuando se me confió el encargo de ofrecer este homenaje, en el cual la ilustre Universidad del Zulia hace entrega de la importante obra de *Estudios jurídicos* publicada por LUZ con ocasión del cuadragésimo aniversario de su graduación, acepté,

---

<sup>9</sup> Palabras en la presentación del libro homenaje al doctor Nectario Andrade Labarca, Maracaibo, 6 de noviembre de 1985.

naturalmente, de inmediato. El mejor homenaje que puede recibir un profesor universitario es un libro como este, que por su valioso contenido estará en manos de los estudiosos y docentes, en búsqueda de información y de opiniones en la rama científica cultivada por el homenajeado. Esos dos tomos de *Estudios jurídicos* tienen la autoría de juristas altamente calificados en las materias de Derecho Constitucional, Derecho Administrativo, Derecho Municipal, Derecho Urbanístico, Hacienda Pública, Derecho Tributario, Derecho Internacional Privado, Filosofía del Derecho, Derecho Penal y Derecho Mercantil. Sin duda, por el contenido y los autores, constituye una contribución valiosa a la bibliografía jurídica nacional.

Con esta invitación se me ha ofrecido la oportunidad de reiterar, en ocasión tan solemne, mi admiración y mi afecto por Nectario, que son de larga data y aumentan a medida que transcurre el tiempo. Y al pensar en las múltiples facetas de nuestro personaje, en los numerosos motivos que pueden ponerse de relieve en él, considero que en el conjunto admirable de sus capacidades y virtudes a él mismo le agradecería que destacara su condición de zuliano integral, las condiciones positivas que su figura sintetiza y compendia, armoniza y exalta, y que corresponden a la fisonomía propia que tienen los zulianos dentro de Venezuela.

Imaginemos por un momento a algún viajero que después de recorrer mucho mundo tuviera interés en conocer el Zulia, más en su aspecto humano que en su aspecto geográfico y solo dispusiera de algunas horas para ello. Si tuviera la ocasión de conocer a Nectario, podría afirmarse que ya sabe con ello

lo que es un zuliano, cómo son los zulianos; ya tiene idea de lo positivo que a los zulianos ha hecho ocupar posición descollante en la vida de nuestro país. Inteligencia fácil y aguda; elocuencia espontánea, convincente y cautivante; voluntad de servicio y amor al trabajo; constancia y firmeza en las ideas y en las actitudes; un cariño ilimitado por su región nativa, un patriotismo firme y una honestidad a toda prueba. Todo eso no hay quien no lo advierta en la persona del doctor Nectario Andrade Labarca.

Tiene a orgullo su origen humilde; humilde en cuanto a los medios económicos, pero miembro de una familia rica en convicciones y fuerte en la defensa de los principios. Su esfuerzo personal ha sido el motor de su vida, pero con apoyo paterno que nunca le faltó y que constituye uno de sus más caros recuerdos. Porque su padre lo amó apasionadamente y para él y para toda su familia ha sido objeto de tierno afecto y de no oculta satisfacción. Les ha correspondido con devoción solícita, pero sabiendo al mismo tiempo que nada mejor podía ofrecerles que crecer constantemente en el reconocimiento y el respeto de cuantos le trataran.

Nectario Andrade Labarca ha sido hombre de muchos y hondos afectos, muy leal a la amistad y escrupuloso en el cumplimiento de los compromisos. Patriota integral, ha dado prueba fehaciente de su amor a Venezuela; hombre de fe robusta, ha proclamado sus convicciones en las más adversas circunstancias y ha sabido vivir en armonía con sus creencias; militante de robustas ideas, ha sido un ejemplo constante en las filas de la organización política que contribuyó a fundar desde las raíces

del movimiento estudiantil y que ha contribuido en alto nivel a dirigir. Pero me atrevo a pensar que dentro de tantos y de tan nobles y arraigados sentimientos, en la vida de Nectario resaltan tres amores, tres cultos, tres íntimas pasiones: el Zulia, su familia y la universidad.

Es tan zuliano que me costó arrancarlo de aquí durante cinco años para que me acompañara en Caracas en una difícil gestión de gobierno. Cuando la estábamos concluyendo, ya, antes de entregar, empacaba sus enseres personales para entregar la modesta casa que tenía arrendada en una urbanización de clase media y volvía a toda prisa a Maracaibo a reanudar su vida de siempre y a reasumir sus labores docentes. Sin un centavo mal habido.

A la universidad se entrega desde los propios días en que solo existía en Maracaibo la Escuela de Ciencias Políticas y, de manera definitiva, desde la reapertura definitiva de LUZ en 1946. Él, que tuvo que vencer muchas penurias para ir a presentar exámenes y a obtener el grado en la Universidad de Los Andes (apenas saliendo también entonces de una larga clausura), no solo es testigo, sino actor, y actor de primera línea en el fantástico proceso de crecimiento de la universidad, que es muestra elocuente de la transformación de Venezuela en este medio siglo. Fue decano de la Facultad de Derecho durante tres periodos, y sus alumnos, militantes de las más variadas corrientes o políticamente independientes, lo proclaman como uno de sus más brillantes y eficientes profesores en las difíciles y apasionantes disciplinas del Derecho Público.

Como profesional del derecho –entendida esta expresión en el más elevado concepto de sacerdote de la Justicia– entró

a ejercer altas magistraturas en el gobierno de la República. Cuando la voluntad del pueblo me llevó a Miraflores, lo llamé, precisamente, para que asumiera el Ministerio de Justicia. Su paso por aquel despacho estuvo impregnado de decoro. Muchas iniciativas se le deben, entre ellas la creación de la Dirección de Prevención del Delito, el magnífico ensayo de salas de conciliación para mediar en conflictos familiares, el empeño puesto en la transformación de nuestro régimen penitenciario y la elaboración de muchos anteproyectos que después fueron convertidos en importantes y útiles leyes. Le pedí después que ocupara el Ministerio del Trabajo y en ese despacho desempeñó una labor unánimemente reconocida, especialmente en la mediación de los conflictos laborales, guiada por la idea de Justicia Social y el beneficio efectivo de los trabajadores. Y luego lo invité a que desempeñara el Ministerio de Relaciones Interiores, en difíciles tiempos, cuando ya se iniciaba la parte final del periodo y se acercaba la controversia electoral. Su gestión fue impecable, y hay muchos aspectos en los cuales hay que recordar siempre su gestión, como el de la Defensa Civil, hasta el punto de que quienes actúan dentro de él en este tiempo, tanto en lo internacional como en lo interno, han recordado la trascendencia de la labor que se realizó en aquel periodo, en materia que tanto representa para la comunidad.

Hubo, sin embargo, algo en lo cual Nectario, como buen zuliano, puso empeño especial. Como dice Carlos Altamari Gásperi, “fue un ministro de Relaciones Interiores apasionado por la regionalización del desarrollo”. Oigamos al respecto sus propias palabras: “Cuando asumimos –dijo– por decisión

del señor presidente de la República la cartera de Relaciones Interiores en abril de 1972, comenzamos preguntándonos qué tareas, aparte de las que venían ya para ese momento siendo objeto y centro de la atención de ese ministerio, debían atraer como cometido, si se quiere adicional, nuestra atención y nuestro esfuerzo al frente de dicha cartera. Y tras pensar seriamente la respuesta que debíamos dar a esa pregunta, llegamos a la conclusión de que merecía, por su importancia, por su proyección, el que comprometiéramos nuestra atención, nuestros esfuerzos y nuestras preocupaciones en impulsar la política de regionalización del desarrollo, que formaba parte muy importante del programa de gobierno del Jefe del Estado, que este le anunció al país como una de sus preocupaciones fundamentales, en el propio instante en que juró ante el Congreso de la República el cargo que había de desempeñar y asumió la responsabilidad del ejercicio de ese cargo. Por eso, buena parte de nuestro tiempo, como titulares de la cartera de Relaciones Interiores, la hemos dedicado juntamente con nuestros inmediatos colaboradores en ese despacho, a esta tarea de impulsar el desarrollo regional”.

Abundando en esta posición, dijo en una convención nacional de gobernadores: “Para mí una de las tareas que más me entusiasma, uno de los empeños que más me emociona, una de las aspiraciones que más hondamente sacude mi fibra de ser venezolano —porque lo considero además como una de las medidas de más acendrado acento nacionalista de este gobierno— es esta que trata de impulsar el desarrollo, pero con un sentido de desarrollo regional”. Y más adelante expresó: “Porque debe que-

dar bien claro que la regionalización no es el concepto pequeño, chiquito, aldeano, parroquial, en virtud del cual cada una de las regiones se convierten en trincheras para librar una competencia estéril, una lucha infecunda, un regateo improductivo para ver cuál saca más para atender sus problemas y remediar sus necesidades. El proceso de regionalización no debemos entenderlo como una actitud de insurgencia de la provincia contra el centro ni como una actitud revanchista de la provincia que por tantos años se vio preterida y abandonada y que ahora tiene la oportunidad de insurgir contra la capital o contra el centro; porque la capital y el centro son también parte de esta nación, son también parte de esta patria; y lo que aspiramos a través del proceso de regionalización —y ello debe quedar muy claro— es que los recursos inmensos que la Providencia ha puesto en este país se distribuyan adecuadamente para que no se vuelquen sobre un solo centro y ese centro crezca y se desarrolle extraordinariamente mientras los demás permanecen abandonados, sino que todos esos recursos se vuelquen sobre el país, para que sea la nación una en su grandeza, una en su porvenir, una en su desarrollo y una en el afecto de todos sus hijos”.

En buena parte de sus documentos oficiales insiste en el asunto. El desarrollo regional fue también el tema del artículo con que contribuyó a la obra *Estudios sobre la Constitución* que me ofreció en oportunidad similar a esta la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Central. Y fue muy importante su exposición en el Foro Nacional sobre Desarrollo Regional promovido por Corpozulia en 1982. Pero, desde luego, fueron muchos más los motivos de preocupación

y de acción del ministro Andrade Labarca. Por supuesto, la paz. “Que –como él mismo señaló– es una paz dinámica, con libertad, con respeto a la dignidad de la persona humana, con respeto a sus derechos y a sus valores esenciales. Que no es la paz aparente y ficticia que se logra crear a veces, como un espejismo, a través de presiones que desde fuera se ejercen sobre las sociedades. Porque la paz, como el orden, no pueden ser la resultante de presiones que desde afuera se ejercen sobre la sociedad, sino que tienen que ser el resultado de un equilibrio que se suscite en su interior”.

Como culminación de sus tareas gubernamentales, después de haber sido ministro de Justicia, ministro del Trabajo, ministro de Relaciones Interiores y encargado del Ministerio de Educación, estuvo encargado de la Presidencia de la República durante el viaje que realicé a los países de América del Sur proclamando mi consigna de la solidaridad pluralista. En ejercicio de la Presidencia tuvo la satisfacción de venir a este Estado, como el primer zuliano que lo hacía en el desempeño de tan alta función.

En el periodo 1969-1973 la actuación del doctor Andrade Labarca fue múltiple y, en todas las circunstancias, sobresaliente. Como estoy en el Zulia, y conozco la afición de este pueblo por el deporte rey y su admiración por las figuras nativas, voy a atreverme a caer en un símil beisbolero, con la seguridad de que me entenderán: Nectario fue el Luis Aparicio del equipo de gobierno que me correspondió dirigir. Bateó, fildeó y ocupó las posiciones que hubo necesidad de atender. Algo más, también pitchó. ¡Por eso Uds. lo han traído al Hall de la Fama!

Pero ya era para él un lustro entero fuera de su Zulia querido. Volvió enseguida aquí, a ver a su misma gente, a vivir como antes de ocupar encumbradas posiciones, a dar sus mismas clases, a luchar por su partido y su universidad. Cuando lo postularon para el rectorado dirigió un mensaje sobrio, pero lleno de contenido, al claustro universitario. Entre otras cosas, dijo: “La universidad no agota su cometido en el cumplimiento del fin de formación meramente profesional. Le incumbe también, de modo muy principal, la función de investigación. Ella ha de promover el desarrollo de las ciencias y las humanidades en el seno de la sociedad. La impostergable tarea de la investigación científica y sociológica también le está asignada y le corresponde”. Y también esto: “Estimamos que la universidad, ajena a todo partidismo político, ha de ser a manera de servicio público de la sociedad, capaz de colaborar en los aspectos científicos, técnicos, humanísticos, sociológicos, jurídicos y en todos los que comprenden y abarcan las necesidades de la nación, mediante estudios, recomendaciones, dictámenes, etc., y la prestación de sus más superiores inteligencias y capacidades para esos fines”.

La universidad y el pueblo; y al servicio de ambos, el partido. El partido, con sus satisfacciones y sus quebrantos. El partido, al que entró como está, limpio de conciencia, claro de ideal y cristalino de conducta. Al que pertenece desde cuando militar era exponerse a toda clase de incomprendiones, de amenazas, peligros e inconvenientes. Con la misma devoción con que iba a Santa Bárbara del Zulia en aquel incómodo viaje en pira-gua, o a Machiques en anticuados medios de transporte que

reclamaban a los pioneros fungir de mecánicos improvisados, con esa misma devoción aceptó ser postulado para el Concejo Municipal de Maracaibo, no para llenar una formalidad que diera prestancia a la papeleta del sufragio, sino para cumplir una función. No ha querido ejercer de senador o diputado, porque tendría que estar mucho tiempo en Caracas, pero ha aceptado ser concejal para tratar de hacer algo en la institución municipal en favor de su pueblo.

Nada he dicho esta tarde que ustedes no sepan. Ustedes lo conocen más que yo, aunque no pueden quererlo más que yo. Pero no debo terminar sin subrayar un aspecto, inherente al maestro y al político que hay en Nectario: su amor por los jóvenes y el de estos por él. No cabría mejor manera de decirlo que con estas palabras de José Rodríguez Iturbe: “Su impronta en nuestra generación es honda. Nuestro cariño, respeto y lealtad hacia él, permanente. Su sencillez y su humildad no afectada nos lo hicieron y nos lo hacen plenamente accesible. Él ha sido hasta ahora confidente de nuestros sueños, moderador de nuestras inquietudes. Sin discursos rimbombantes y poses doctorales —con su vida misma—, aprendimos lo que debe ser un hombre de bien y un cristiano integral en la política. Siempre dialogamos con él. Fue y es un diálogo de aprecio mutuo, de compartir existencia, de captación de lo humano. Un diálogo que no siempre necesitaba de la muleta de palabras, porque en mi tierra zuliana, como dice Andrés Eloy, «ese dulce estrago / que nos provoca el Lago / vale más que la charla / que nos provoca el mar». La urgencia de la formación, el estímulo en difíciles momentos de prueba, la alegría de los triunfos y la

amargura de las derrotas, todo, lo tamizábamos con el realismo de su consejo. Nectario es un neto producto de mi tierra que, como maestro, nos trasmitió lo más puro de su anhelo: la pasión de Patria y el corazón de pueblo”.

No me queda nada que agregar. En resumen, para sus compañeros de la generación fundadora de la democracia cristiana y para las siguientes generaciones, Nectario Andrade Labarca es un ejemplo. En cuanto a los militantes de otras toldas, para ellos es motivo de respeto. Todos ven en él un objeto de admiración y de cariño. Feliz el Zulia que lo produjo. Feliz el Zulia que lo tiene. Su vida limpia y hermosa es un espejo donde los que temen haber perdido la fe y el optimismo deben recuperarlos, para mirar con confianza el porvenir.



## MAURO PÁEZ PUMAR<sup>10</sup>

Tuve la satisfacción de participar en el acto inaugural de este instituto que lleva el nombre de Mauro Páez Pumar. Y ahora tengo la complacencia de ver que el instituto marcha vigorosamente, trabaja con seriedad, realiza una labor de trascendencia para la vida del partido. El nombre de Mauro lo merece y su recuerdo es fuente de inspiración para la lucha.

El 13 de enero de 1946, en el Edificio Ugarte en la Plaza La Candelaria, se instaló, con una concurrencia de unas quinientas personas, el Comité de Organización Política Electoral Independiente que fue enseguida identificado por las siglas Copei y que por la opinión pública, más que por nosotros mismos, comenzó de inmediato a denominarse como socialcristiano. El Edificio Ugarte estaba listo para ser ocupado por un negocio de lavandería, que su propietario iba a instalar allí. Se acababa de construir y el abogado del propietario era un excelente compañero, fiel hasta el último día y ejemplar en su abnegación como militante del partido, el doctor Celestino Aza Sánchez. Estaban suspendidas las garantías constitucionales desde el 18

---

10 Palabras en la ocasión de develarse un retrato del doctor Mauro Páez Pumar, el día 8 de mayo de 1982.

de Octubre de 1945, por lo que todos los actos tenían que realizarse en locales cerrados y previo permiso de la autoridad. En aquella reunión, domingo en la mañana, 13 de enero (lo que indica que el día 13 no tiene las connotaciones pesimistas que algunos le atribuyen, ya que al fin y al cabo los dos partidos que han tenido mayor proyección y mayor suerte en Venezuela celebran en un día 13 la fecha de su nacimiento), se celebró un acto hermoso y redondo, donde hablaron algún dirigente político, una mujer, un dirigente sindical en ciernes, un dirigente juvenil y yo.

El dirigente juvenil que habló se llamaba Mauro Páez Pumar. Era pequeño, menudo, vivaz, de una intensa actividad. Mauro no perteneció a la Unión Nacional Estudiantil: cuando esta se formó, tenía apenas trece años de edad. Después, no tuvo la ocasión o la decisión de incorporarse a aquel movimiento. Lo conocimos en la universidad. Fue mi discípulo en la clase de Sociología y allí iniciamos una amistad que ha durado hasta más allá de su muerte. No fue como la mayor parte de los dirigentes de la UNE, alumno de un colegio católico: estudió en el Liceo Andrés Bello. No le faltaban prejuicios respecto de nosotros, cuando comenzó nuestra relación personal, pero al cabo de poco tiempo se logró un entendimiento total. Mauro representó a la juventud universitaria en el acto de instalación de Copei. Fue Secretario Juvenil del Partido, fue Secretario Regional en el Distrito Federal, fue un dirigente de empuje formidable y se construyó una personalidad robusta que mereció respeto, admiración y simpatía por parte de todos los venezolanos. Fue profesor universitario, también en la Cá-

tedra de Sociología. Fue como suplente del doctor Pedro Del Corral, senador, con gran brillo en la Cámara Alta. Desempeñó diversas funciones y cuando Lorenzo Fernández fue ministro de Fomento se empeñó con él en que aceptara ser miembro del directorio de la Corporación Venezolana de Fomento, donde cumplió una labor no solo eficiente, rigurosa y disciplinada, sino de una honestidad insobornable.

Mauro fue un devoto de las antigüedades auténticas. Fue un defensor de las restauraciones que devolvieron a los monumentos históricos su verdadera índole. Le causaban fobia incontrolable las falsificaciones, así fueran hechas con el propósito de embellecer aquellos tesoros del arte colonial que él logró salvar. Fue colaborador de su tío Carlos Manuel Müller en la creación del Museo de Arte Colonial y en cierto modo su sucesor. Pero fue al mismo tiempo un político de garra, un político popular, un heraldo de la idea socialcristiana, un ejemplo de trabajo, de rectitud y de lealtad.

En uno de los viajes incontables de una de las tantas campañas electorales, me acompañó Mauro al estado Carabobo y dormimos en una misma habitación en casa de la familia González. En la mañanita sentí un ruido extraño, como de una llama que podía quemar algo, y cuando abrí los ojos era un reverbero donde estaba hirviendo el agua para ponerse su diaria inyección de insulina. Mauro era desde la niñez víctima del mal terrible de la diabetes. Y todos los días, él mismo hervía la jeringa, preparaba su inyección y se la ponía y, como si tal cosa, se entregaba a la lucha y al trabajo como la persona más sana del mundo, solo que algunas veces, cuando la dosis

de insulina no se equilibraba, tenía que chupar un caramelo para restablecer el equilibrio orgánico. La diabetes fue cruel con él. Perdió la vista. Se negaba al principio a que se le pagara el viaje hasta Finlandia, donde había la esperanza de que una operación pudiera devolverle parte de la visión. Todos los esfuerzos resultaron inútiles. Pero resultó un prodigio ver a aquel hombre, privado de la vista, realizando los descubrimientos más maravillosos, dirigiendo excavaciones y restauraciones que colmaban de admiración a quienes lo tratamos. Él dirigió la excavación de las ruinas de San Felipe El Fuerte. Y guiándose por la lectura que le hacían de la Relación de la Visita del Obispo Martí, fue descubriendo todos los sitios. Y aparecieron el del altar mayor de la Iglesia de la Presentación, las calles y la casa de la Compañía Guipuzcoana. Encontró la pila bautismal en la capillita de San Felipe, en el barrio de La Independencia, y para ahorrarle al Gobierno el gasto de adquirirla logró que un yaracuyano amigo comprara otra pila bautismal de mármol y se la ofreciera al capellán a cambio de la antigua, para que se devolviera esta, que tiene la inscripción que en su visita revelaba el obispo Martí, a su lugar original. Él fue quien escogió el portal colonial que abre el parque maravilloso de San Felipe El Fuerte, de acuerdo con grabados del siglo XVIII de uno que el gobernador Ricardos había hecho colocar a la entrada de Caracas. Él decidió que se hiciera un pequeño museo colonial adjunto al parque de San Felipe El Fuerte.

Todo esto fue obra suya. Fue él también quien dirigió, antes de perder la vista, la restauración de la Cuadra de Bolívar, una de las más auténticas, de las más hermosas, de las mejores joyas

que tiene la Historia de Venezuela. La hizo con amor, la hizo con devoción, la hizo con fe, la hizo con pulcritud y fue por ello designado presidente de la Junta Nacional Conservadora del Patrimonio Artístico y Comisionado de la Presidencia de la República durante todo el periodo de mi gobierno. Él inició la restauración de la Capilla de Santa Rosa, en el edificio que ocupa el Concejo Municipal de Caracas, restauración que correspondió terminar precisamente a su hermano Álvaro Páez Pumar.

No sé si ustedes sabrán que la Universidad de Caracas no se fundó en el Claustro de San Francisco, adonde fue trasladada durante el gobierno del General Guzmán Blanco. La universidad, que comenzó por seminario, se estableció en el sitio que hoy ocupa el Concejo Municipal, es decir, al lado del Palacio Arzobispal, y allí, en la capilla de la universidad, se reunió el Primer Congreso de Venezuela el 2 de marzo de 1811 y se celebró el acto memorable de la Declaración de Independencia el 5 de julio de aquel mismo año. Una obra pictórica del célebre Juan Lovera, nacido durante la Colonia, contemporáneo de la Independencia, quien conoció a Bolívar y lo acompañó en la Emigración a Oriente y quien tal vez no tuvo los méritos artísticos de otros pintores posteriores, pero fue muy escrupuloso en el respeto de la verdad, conserva el testimonio más exacto de aquella reunión, de la estructura misma de la capilla de la universidad, de los rostros de los diputados que allí concurrieron, es decir, de todo lo relativo a aquel acto solemne, incomparable en la historia de nuestro país. Pues bien, fue sorprendente el verificar cómo aquel hombre sin vista, Mauro Páez Pumar, iba dirigiendo los trabajos de la restauración, señalando dón-

de debía estar una puerta, dónde deberían estar los goznes de la estructura antigua, dónde deberían encontrarse los distintos sitios, para que hoy Venezuela cuente con esa joya, que a mi modo de ver es la de mayor significación y trascendencia, desde luego que allí se celebró el acto inicial de la vida de nuestra República.

Mauro podría haber sido para cualquiera de nosotros lo que una revista llamaba “mi personaje inolvidable”. Tuvo una entereza, una fuerza de voluntad, un espíritu indoblegable. Fue padre ejemplar, fue miembro de familia intachable, fue ciudadano integérrimo, fue eficacísimo dirigente del partido, fue un hombre de cultura y de estudio que verdaderamente honra a la democracia cristiana venezolana. La enfermedad implacable obligó a que le amputaran una pierna y cuando murió estaba a punto de que le amputaran la otra. Todo ello lo soportó con una entereza, con un vigor, con un señorío que causó en todos los que alcanzaron a tratarlo una profunda impresión. Murió de apenas cincuenta años. El día que cumplió su medio siglo, lo que pude hacer para demostrarle mi afecto fue invitarlo con su esposa y con sus hijas a almorzar en Miraflores. Para él, esto tenía mayor significado que cualquiera otra cosa.

Por todo lo dicho, pienso que el nombre de Mauro es un patrimonio que nos corresponde, que nos enorgullece y que nos señala caminos. Por eso me sentí muy contento de que se hubiera acatado mi insinuación de que este instituto de formación fuese denominado “Mauro Páez Pumar”. Porque Mauro no solo fue un símbolo de la cultura y del estudio, sino un símbolo de la acción y de la responsabilidad. Y eso que acaba

de señalarse, el deseo de inculcarles a los que van a ejercer actividades políticas el propósito de la rectitud, de la honestidad y de la supremacía de los valores éticos, tiene un sentido también muy especial en la persona de Mauro Páez Pumar.

Ese retrato lo representa a cabalidad. Los ojos se pierden en el horizonte. Recuerdo el discurso que hizo, de memoria, en un día de Caracas, 25 de julio, y que fue una verdadera joya. Concluyó con palabras parecidas a estas que para él tenían una especial significación: “Ojos que te vieron no te podrán olvidar”. Su recuerdo nos conmueve, nos emociona. Nos recuerda todo el proceso maravilloso de la formación y desarrollo del partido. El que no ha vivido en el seno de un partido, el que no ha experimentado todas las sensaciones que esta lucha origina, no tiene idea de lo que significa. A veces, un grupo de intelectuales o de personas de buena voluntad se reúnen con el propósito de crear un partido. Elaboran un documento muy hermoso, corrigen sus párrafos, le agregan, le quitan, buscan algún dinero para publicarlo, dicen en alguna reunión un buen discurso y creen que el partido ya está fundado. Pero del Comité de Organización Política Electoral Independiente creado el 13 de enero de 1946 en Caracas, y simultáneamente en San Felipe por iniciativa de Víctor Manuel Giménez Landínez, al momento actual, se ha requerido mucha constancia, mucha lucha, mucha fe. La fe, en los momentos más oscuros y más difíciles. La convicción de que se está realizando una labor de trascendencia histórica. La entrega de toda la vida, de todas las posibilidades de cada uno, la aceptación de todos los riesgos, que con frecuencia no parecen pequeños. El riesgo de la pérdida de la libertad, el riesgo de

los atentados contra la buena fama, el riesgo de las amenazas contra la propia vida. Los sufrimientos a que a veces involuntariamente y con mucho dolor somete uno a sus familias, todo ello es un ingrediente necesario y continuo para la formación de un partido. De allí surge la hermandad, la solidaridad, la fe. De allí surge la adhesión a unos principios y a unos hombres porque, como les recomendaba en alguna ocasión a los jóvenes de mi partido, si se quiere ser líder hay que entregar la vida, hay que entregar el corazón, hay que asumir los riesgos en todas las circunstancias y hay que demostrarles a aquellos a quienes se pretende dirigir que no se está en la actitud del Capitán Araña, “embarcando a los demás y quedándose en tierra”, sino que se reclama el primer puesto en el peligro, el primer puesto en la acción, el primer puesto en el trabajo.

Mauro fue uno de esos hombres superiores que encontramos en la vida y que se incorporó al movimiento que empezó el 8 de mayo de 1936, con un grupo estudiantil que en la celebración del aniversario siguiente tuvimos la ocasión de definir como un compromiso para toda la vida. Los diez años, desde la fundación de la UNE hasta la fundación de Copei, fueron años de continuo trabajo, de continua responsabilidad. Se promovieron seminarios, círculos de estudios, se iniciaron asociaciones políticas, se hicieron tentativas, se participó en muchas acciones y de allí salió un equipo inicial que pudo tomar en sus manos la dirección del Partido Socialcristiano Copei. Y salió algo más, una credencial ante el país, que cuando nos vio salir y hablarle, a pesar de que éramos muy jóvenes, ya nos conocía y tuvo fe en nosotros. Este muchacho que ustedes ven aquí

llevó la voz de la juventud universitaria en aquella memorable reunión del 13 de enero de 1946 en el Edificio Ugarte en la Plaza La Candelaria en Caracas. Está muy bien por ello que, aunque no hubiera sido miembro de la UNE, un 8 de mayo haya servido de oportunidad para colocar aquí su retrato. Yo me siento muy contento de acompañarlos en este momento y de tributar un recuerdo de afecto y de admiración a ese personaje inolvidable que quedó profundamente sembrado en nuestros corazones.

